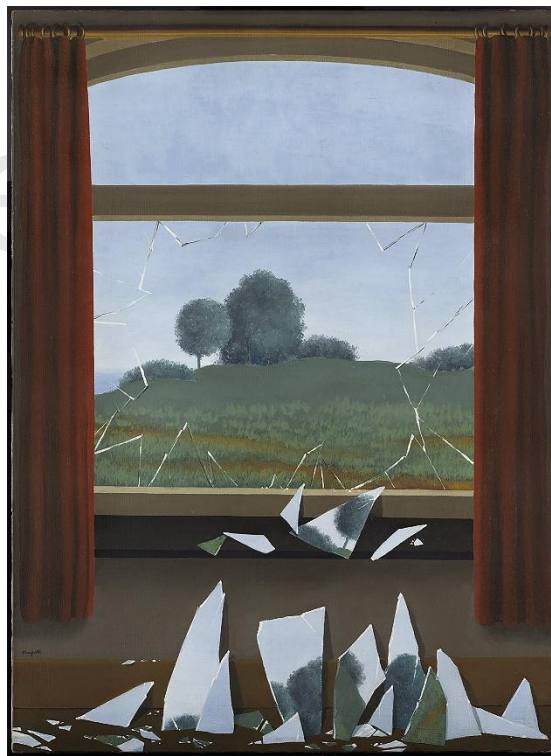


# **Tesela: Objetos que gobiernan e infraestructuras invisibles, la realidad cotidiana como red de operaciones materiales**

*Una filosofía materialista de objetos, documentos, redes, tuberías, pantallas, baterías, pasaportes, archivos, energía, datos, agua y logística*



Julio David Rojas Aguayo

11 de mayo de 2026

# Índice

1. Introducción: la realidad está demasiado cerca
2. Contra la filosofía de las abstracciones grandes
3. El objeto ordinario como operador materia
4. Operaciones de realidad: el verbo antes que la cosa
5. Puertas, llaves y contraseñas: acceso y exclusión
6. Formularios, expedientes y calificaciones: clasificación del sujeto
7. Alarmas, calendarios y filas: administración del tiempo
8. Supermercados, tickets y códigos de barras: logística del consumo
9. Pantallas, notificaciones y scroll: captura de atención
10. Baterías, cargadores y apagones: dependencia energética
11. Sillas, baños y camas: cuerpo civilizado
12. Pasaportes, aeropuertos y semáforos: tránsito regulado
13. Archivos, funerales y cementerios: memoria y muerte
14. De la cosa a la red: cuando el objeto deja ver su infraestructura
15. Qué es una infraestructura
16. Mantenimiento: la operación invisible de la continuidad
17. Electricidad: la soberanía del enchufe
18. Agua, drenaje y saneamiento: la civilización por tubería
19. Telecomunicaciones: la falsa inmaterialidad de la nube
20. Centros de datos: memoria, calor y poder
21. Transporte público, carreteras y puertos: circular es depender
22. Logística cotidiana: el mundo en contenedores
23. Frío: refrigeradores, vacunas y tiempo suspendido
24. Basura, drenaje y residuos: el negativo de la civilización
25. Cuerpos administrados: infraestructura médica, escolar, laboral
26. Pantallas y perfiles: identidad sobre infraestructura
27. Documentos de existencia: ciudadanía como inscripción
28. La falla como método: apagón, corte, caída, atasco, escasez
29. Desigualdad infraestructural
30. Soberanía material: quién controla los soportes
31. Objeción fuerte: ¿no es esto determinismo objetual e infraestructural?
32. Conclusión: la modernidad no flota
33. Bibliografía

## **1. Introducción: la realidad está demasiado cerca**

Una contraseña olvidada detiene un día entero. No se trata de una metáfora ni de una experiencia mística: ocurre frente a una pantalla, en una sala iluminada por luz fría, mientras alguien intenta acceder a su correo electrónico, a su banco, a un trámite que vence hoy o a una plataforma escolar donde se espera la entrega de un trabajo. La memoria humana falla; el sistema no. El sistema responde con una frase administrativa: «credenciales incorrectas». A partir de ese instante, el sujeto está, en términos operatorios, fuera. No fuera del lenguaje, ni fuera de su biografía: fuera del circuito que reconoce su identidad para ciertos efectos. Lo que la filosofía clásica llamaba identidad personal queda momentáneamente suspendido por una operación que no exige interpretación, solo verificación.

Esta escena, aparentemente banal, contiene un problema filosófico mayor del que se suele aceptar. La filosofía moderna ha acostumbrado al pensamiento a buscar lo real detrás o debajo de la superficie de las cosas: en la estructura económica, en el inconsciente, en la voluntad de poder, en el lenguaje, en las relaciones de producción, en la genealogía de los conceptos. Esa búsqueda ha sido fecunda. Sin embargo, ha producido también un efecto secundario indeseable: la convicción de que lo decisivo se encuentra siempre en una capa más profunda, y de que la superficie cotidiana es, por definición, derivada, secundaria, trivial. Esa convicción es errónea. No siempre lo real está detrás. A menudo está delante, en el funcionamiento más obvio. Está en la cerradura que no cede, en el formulario rechazado, en la fila que no avanza, en el pasaporte que no basta, en la batería que se agota a las cuatro de la tarde, en el archivo que no se encuentra cuando se necesita.

La tesis de este ensayo es directa y, por eso mismo, polémica: los objetos cotidianos gobiernan porque operan antes de ser interpretados. Una puerta permite o bloquea el acceso; una contraseña verifica identidad; un formulario clasifica al sujeto; una fila administra una igualdad temporal mínima; una pantalla captura atención; una batería revela dependencia energética; un pasaporte distribuye movilidad; un archivo decide qué pasado podrá funcionar. La civilización moderna no se sostiene únicamente por las grandes instituciones visibles —Estado, mercado, escuela, hospital, derecho, plataforma—, sino por una red de mediaciones materiales cuya eficacia depende, precisamente, de parecer

menores, neutrales y rutinarias. La versión brutal de la tesis se enuncia así: las cosas pequeñas nos gobiernan porque ya no parecen gobierno.

La pregunta central que organiza este texto es la siguiente: ¿cómo operan los objetos cotidianos como mediadores materiales entre cuerpo, institución y forma social, y qué revelan sobre la estructura real de la vida moderna? De ella se desprenden preguntas subsidiarias que recorrerán los capítulos. ¿Qué tipo de poder ejerce un objeto cuando regula acceso, tiempo, identidad, consumo, memoria o movimiento? ¿Por qué los objetos ordinarios se vuelven invisibles justo cuando más gobiernan? ¿Qué revela lo cotidiano sobre abstracciones como Estado, mercado, técnica, cultura, sujeto, cuerpo y ciudadanía? ¿Cómo distinguir entre objeto como símbolo y objeto como operador material? Y, sobre todo, ¿qué ocurre cuando los objetos fallan: puerta cerrada, contraseña olvidada, formulario rechazado, apagón, batería agotada, archivo perdido, pasaporte insuficiente?

Conviene anticipar una regla conceptual que se sostendrá a lo largo del ensayo: los objetos no serán tratados como metáforas poéticas, sino como operaciones materiales. Una puerta no «simboliza» el límite: ejecuta una separación. Un formulario no «representa» al sujeto: lo vuelve administrable. Un ticket no «expresa» la economía: prueba que una operación fue reconocida por el sistema. Hay un esfuerzo deliberado por evitar la inflación metafórica que ha contaminado buena parte de la literatura sobre cultura material. El objetivo no es poetizar las cosas; es dejar de subestimarlas.

Lo que sigue se mueve, entonces, entre el materialismo filosófico, la filosofía de la técnica, los estudios de infraestructura, la sociología de la burocracia y la crítica contemporánea de la atención digital. No persigue completitud enciclopédica. Persigue, en cambio, mostrar con detalle suficiente que la vida cotidiana es el lugar donde la civilización contemporánea ejecuta sus operaciones más decisivas, y que la mayor parte de esas operaciones no se realiza en discursos, doctrinas ni narrativas, sino en cosas: en cosas que se abren y se cierran, que se llenan y se firman, que se conectan y se apagan, que se escanean y se archivan. Antes de recorrer esas familias de objetos, será necesario precisar el nivel operatorio que las atraviesa: las operaciones de realidad que convierten cosas ordinarias en mediaciones efectivas. Este ensayo avanzará en dos movimientos: primero analizará los

objetos ordinarios que ejecutan operaciones cotidianas; después descenderá a las infraestructuras invisibles que hacen posible que esos objetos operen.

## **2. Contra la filosofía de las abstracciones grandes**

Una parte considerable de la teoría social y filosófica del siglo XX y de las primeras décadas del XXI ha trabajado con un mismo gesto: explicar la vida moderna por medio de abstracciones mayúsculas. Estado, Mercado, Cultura, Técnica, Poder, Sociedad, Capital, Plataforma, Sujeto. Cada uno de esos términos ha servido como gran palanca explicativa para dar cuenta de lo que ocurre en oficinas, fábricas, escuelas, hospitales, calles, casas, pantallas. Sería injusto y falso negar la potencia de esas categorías. Sin ellas, la teoría se reduce a anécdota. Pero también sería ingenuo no advertir su límite: cuando esas abstracciones se usan sin mediaciones, se convierten en hipóstasis. Empiezan a moverse solas, a tomar decisiones, a tener voluntad, a perseguir fines. El Estado «quiere», el Mercado «exige», el Capital «impone», la Técnica «despliega». Ese lenguaje es cómodo y, por momentos, eficaz. Pero esconde un problema decisivo: oculta cómo, en concreto, esas potencias se ejecutan.

Para advertir el problema basta hacer una pregunta sencilla: ¿dónde aparece el Estado para el ciudadano común? No aparece como entidad metafísica. Aparece en una ventanilla, en un sello, en un formulario, en un expediente, en un pasaporte, en un timbre fiscal, en una notificación, en una credencial, en un código de cita, en un número de turno. El Estado se ejecuta en operaciones materiales realizadas por o ante objetos. No es un fantasma; es una red de operaciones administrativas que tienen soporte material. Lo mismo ocurre con el mercado: aparece en un ticket, en un código de barras, en un carrito, en un precio, en una terminal de pago, en una pantalla de autopago, en un estado de cuenta, en una notificación bancaria. Y con la técnica: aparece en un cargador, en una pantalla, en un router, en una batería, en una interfaz, en una contraseña, en una actualización forzada.

La consecuencia es importante. La vida social no «baja» desde los conceptos generales hasta las prácticas concretas: se constituye, más bien, en las prácticas que ciertos objetos permiten o exigen. No se trata de negar que existan dinámicas de gran escala, ni de defender una visión particularista en la que cada situación es irreducible. Se trata, por el contrario, de exigir que las abstracciones rindan cuentas operatorias. Cuando se afirma que el Estado

vigila, hay que poder mostrar mediante qué dispositivos, registros, formularios, identificaciones, contraseñas o cámaras se realiza esa vigilancia. Cuando se afirma que el mercado coordina, hay que poder mostrar mediante qué sistemas de precios, tickets, códigos, inventarios y plataformas se realiza esa coordinación. Cuando se afirma que la cultura clasifica, hay que poder mostrar mediante qué evaluaciones, certificados, calificaciones, listas y rankings se ejecuta esa clasificación.

El materialismo filosófico, en la tradición que ha desarrollado Gustavo Bueno, ofrece un punto de partida útil para esta exigencia. Frente a las metafísicas que postulan una sustancia universal o un sujeto absoluto, propone pensar en términos de operaciones, materialidades y cierres. Hay realidades que se constituyen en y por operaciones: ahí donde no hay operación, no hay realidad de ese tipo. Un derecho no existe en abstracto; se realiza en actos jurídicos —firmar, registrar, sellar, archivar—. Un dinero no existe en abstracto; se realiza en pagos, cobros, transferencias, depósitos. Una identidad institucional no existe en abstracto; se realiza en cédulas, formularios, expedientes, contraseñas, biometrías. Las operaciones, a su vez, requieren soportes materiales: papel, tinta, sello, tarjeta, pantalla, chip, dato, archivo, servidor. El sujeto no flota sobre esas materialidades: las usa, las padece, las activa, las desactiva.

Es preciso, además, recordar una advertencia que viene de Mumford: la civilización moderna no se entiende sin atender a las tecnologías que la han hecho posible, desde la rueda hasta el reloj, desde la imprenta hasta la red. La técnica no es un apéndice instrumental que se acopla a una sociedad ya constituida; es uno de los modos en que la sociedad se constituye. Lewis Mumford insistió, ya hace décadas, en que el reloj mecánico, antes que la máquina de vapor, configuró el ritmo moderno de la vida. El reloj no se limita a medir el tiempo: lo administra, lo segmenta, lo vuelve disponible para el trabajo. De manera similar, las cerraduras configuraron una nueva relación con la propiedad y el espacio privado; los pasaportes configuraron una nueva relación con el territorio y la pertenencia; los formularios configuraron una nueva relación con la identidad y el rendimiento.

La filosofía contemporánea ha tendido, en algunas de sus corrientes, a redescubrir esta condición material. Bruno Latour, con cautela respecto de su lenguaje, ha invitado a

tratar a los objetos como actantes, esto es, como entidades que producen efectos en redes que incluyen humanos y no humanos. La crítica que pueda hacerse a la teoría del actor-red por su nivelación ontológica no debe ocultar su aportación principal: la insistencia en que los objetos no son escenografía pasiva de la acción humana. Foucault, por su parte, mostró cómo el poder disciplinario opera a través de dispositivos —arquitecturas, registros, exámenes, vigilancias— que se ejecutan en el cuerpo. Simondon advirtió que los objetos técnicos tienen un modo de existencia propio que no se reduce ni a la utilidad ni al símbolo. Don Ihde, desde la postfenomenología, mostró cómo los instrumentos median nuestra relación con el mundo: una lente no representa el mundo, lo transforma.

Conviene, sin embargo, no caer en el efecto inverso al que se critica. No se trata de sustituir el fetichismo de la abstracción por un fetichismo del objeto. No todo objeto es un actante de igual peso, ni toda mediación material constituye un dispositivo de poder. Hay sillas que sostienen un cuerpo cansado y nada más; hay tazas que contienen café sin distribuir derechos; hay zapatos que cubren un pie sin clasificar al sujeto. La tesis de este ensayo es más precisa: ciertos objetos cotidianos, identificables por sus operaciones, constituyen el tejido material de la vida social moderna. No todos. Algunos. Y conviene saber cuáles. Las abstracciones, en última instancia, no solo deben rendir cuentas ante objetos concretos, sino también ante infraestructuras concretas: redes, tuberías, servidores, plantas, archivos.

### **3. El objeto ordinario como operador material**

Para sostener la tesis sin caer en generalización vacía, conviene introducir una distinción analítica entre tres modos en que el pensamiento ha tendido a abordar los objetos: el objeto como símbolo, el objeto como utensilio y el objeto como operador material. Estos tres modos no son excluyentes; el mismo objeto puede ser leído de las tres maneras. Pero responden a preguntas distintas y producen comprensiones distintas.

El objeto como símbolo es aquel del que se pregunta qué representa. Una bandera representa una nación, un anillo nupcial representa un vínculo, una toga representa una autoridad académica. La tradición simbólica, desde la antropología a la semiótica, ha enseñado a leer las cosas como portadoras de significado. Esa lectura es legítima y útil. Pero

tiene un límite claro: tiende a reducir el objeto a su carga representacional, como si lo importante de un anillo fuera lo que dice y no lo que hace, como si lo importante de una bandera fuera lo que recuerda y no lo que organiza ceremonialmente. El símbolo es real, pero no agota el objeto.

El objeto como utensilio es aquel del que se pregunta para qué sirve. Heidegger, en sus análisis del útil, mostró que el martillo, antes de ser tematizado, es algo que se usa: está a la mano. Esta perspectiva ha sido decisiva para superar la idea cartesiana del objeto como pura sustancia extensa contemplada por una conciencia. El utensilio remite a un mundo de tareas, a una red de remisiones prácticas. Sin embargo, también esta lectura tiene un límite: tiende a privilegiar la perspectiva del usuario individual, su habilidad y su comprensión, dejando en sombra el hecho de que muchos objetos producen efectos con independencia de la comprensión del usuario y aun en contra de ella. Una puerta cerrada no necesita ser «comprendida» para impedir el paso. Un formulario no necesita ser «comprendido» para clasificar a quien lo llena.

Una tercera lectura es necesaria: el objeto como operador material. Aquí la pregunta no es qué representa el objeto, ni para qué le sirve a un usuario, sino qué operación ejecuta. Un objeto operador, en el sentido que se propone, cumple varios criterios. Distribuye posibilidades: permite ciertas acciones e impide otras. Clasifica sujetos: produce diferencias entre quienes pueden y quienes no pueden, entre quienes están dentro y quienes están fuera, entre quienes pasan y quienes esperan. Administra tiempos: corta, dilata, fija plazos, marca turnos, reparte ritmos. Organiza cuerpos: les indica dónde sentarse, cuándo levantarse, cómo desplazarse, qué postura adoptar. Produce registros: deja huellas, fija inscripciones, alimenta archivos, genera datos. Conecta instituciones con prácticas: traduce decisiones macro en operaciones micro. Y, decisivo: funciona aunque nadie lo interprete filosóficamente.

Tomemos un ejemplo para fijar las distinciones. Un semáforo, leído simbólicamente, podría representar la civilización del orden urbano. Leído como utensilio, sería un dispositivo que ayuda al conductor a tomar decisiones de marcha y detención. Leído como operador material, es algo más fuerte: distribuye derechos de paso, clasifica vehículos y

peatones en categorías de espera y movimiento, administra el tiempo del cruce, organiza cuerpos —los detiene, los mueve—, produce, junto con cámaras y radares, registros de infracciones, y conecta una institución (la regulación de tránsito) con prácticas concretas (parar, avanzar, ceder). El semáforo opera. No discute. No interpreta. Tampoco necesita ser interpretado para producir esos efectos. Funciona, y al funcionar gobierna una fracción mínima pero decisiva de la vida urbana.

Esta tercera lectura no anula las otras dos; las complementa y, en muchos casos, las precede. Un anillo nupcial puede simbolizar un vínculo, sí, pero también opera: en algunas tradiciones, su presencia o ausencia produce efectos sociales, jurídicos, sentimentales y, en ocasiones, fiscales. Una bandera puede representar una patria, sí, pero también opera: marca jurisdicciones, identifica embajadas, distribuye respetos protocolarios. El error consistiría en quedarse en la lectura simbólica como si fuera la única posible, o en aceptar la lectura utensilial como suficiente. La hipótesis aquí defendida es que sin la lectura operatoria, la filosofía de la cultura material queda parcial.

Vale la pena, antes de avanzar, establecer una taxonomía mínima de operaciones que se reencontrarán a lo largo del ensayo. Hay operaciones de acceso: permitir o impedir el paso, otorgar o denegar entrada. Hay operaciones de identificación: verificar quién es alguien para ciertos efectos. Hay operaciones de clasificación: traducir al sujeto a categorías administrables. Hay operaciones de administración temporal: cortar, fijar, demorar, sincronizar. Hay operaciones de captura atencional: orientar y retener la atención. Hay operaciones de registro: dejar inscripción duradera. Hay operaciones de movilidad: habilitar o bloquear desplazamientos. Y hay operaciones de memoria y olvido: decidir qué pasado se conserva y qué pasado se descarta. Estas operaciones no son etiquetas filosóficas: son hechos cotidianos que se ejecutan por medio de objetos. El resto del ensayo analiza, una por una, las principales familias de objetos que realizan estas operaciones, mostrando, en cada caso, cómo lo ordinario gobierna sin parecer gobierno.

#### **4. Operaciones de realidad: el verbo antes que la cosa**

La distinción entre objeto-símbolo, objeto-utensilio y objeto-operador, propuesta en el capítulo anterior, permite ya un análisis más fino de la cultura material. Pero no agota la

cuestión. Si se mira con detalle, advertir que un objeto opera es solo el primer paso. El segundo, y quizá más decisivo, consiste en advertir que ningún objeto opera en soledad y que ningún objeto agota la operación a la que pertenece. Una puerta opera; pero «la operación de la puerta» es solo una variante material de algo más general: la operación de acceder. Un formulario opera; pero «la operación del formulario» es solo una variante material de algo más amplio: la operación de clasificar. La puerta puede ser sustituida por una llave, por una contraseña, por un torniquete, por una credencial, por un pasaporte, por un reconocimiento facial. La operación —acceder— permanece. La cosa cambia; el verbo persiste.

Este desplazamiento no es retórico. Tiene consecuencias analíticas. Si la unidad de análisis es solo el objeto, el ensayo corre el riesgo de quedarse en una colección de pequeñas etnografías de cosas: la puerta aquí, el ticket allá, la pantalla más allá. Cada análisis puede ser preciso, pero la pluralidad de soportes oculta la unidad funcional que los atraviesa. Cuando se cambia la unidad de análisis y se toma como punto de partida la operación, lo que se gana es perspectiva. Los capítulos anteriores avanzaron en una dirección: del objeto a la operación que ejecuta. El paso siguiente es invertir momentáneamente la flecha: partir de la operación y observar la familia de soportes materiales que la realizan. No basta con preguntar «objeto, ¿qué operación ejecutas?»; conviene preguntar también «operación, ¿en qué soportes te realizas?».

Conviene fijar el concepto. Llamaré aquí «operación de realidad» a una acción material estabilizada, repetible y socialmente eficaz, ejecutada mediante soportes concretos —objetos, documentos, interfaces, infraestructuras o cuerpos—, que produce efectos verificables sobre acceso, identidad, tiempo, movimiento, consumo, memoria, clasificación o exclusión. La fórmula es deliberadamente seca. No se trata de una metáfora ni de una categoría existencial. Se trata de una unidad analítica que permite describir cómo, en concreto, la vida social moderna se sostiene en gestos materiales repetidos. La realidad moderna no se declara: se opera.

La operación de realidad, así entendida, tiene cinco componentes que conviene distinguir aunque siempre aparezcan trabados. El primero es el soporte material: el objeto,

documento, interfaz, infraestructura o cuerpo mediante el cual la operación se ejecuta. Una operación sin soporte es, en sentido estricto, una abstracción. El segundo es el verbo operatorio: acceder, verificar, registrar, clasificar, pagar, circular, esperar, bloquear, archivar, desechar. El verbo nombra lo que la operación hace. El tercero es la institución implicada: Estado, mercado, escuela, hospital, banco, plataforma, empresa, frontera, archivo. Una institución no aparece primero como idea, sino como operación repetible; sin ese marco institucional, la operación se ejecuta físicamente pero no socialmente. El cuarto es el sujeto afectado: ciudadano, usuario, paciente, trabajador, consumidor, migrante, estudiante, deudor. La operación recae siempre sobre alguien. Y el quinto es el efecto real: entra o no entra, accede o no accede, procede o no procede, paga o no paga, circula o no circula, consta o no consta, recuerda o desaparece. El efecto no es lo que la operación significa, sino lo que la operación produce.

No toda acción cotidiana es operación de realidad en sentido fuerte. Servir una taza de café, atarse los cordones, abrir una ventana para ventilar son acciones materiales con efectos físicos verificables; sin embargo, no se ajustan a la definición propuesta. Para que una acción merezca el nombre técnico de operación de realidad deben cumplirse cinco condiciones restrictivas. La primera es la repetibilidad: la operación se ejecuta de modo análogo una y otra vez, no como gesto único. La segunda es el soporte material estabilizado: la operación cuenta con dispositivos diseñados o adaptados para realizarla. La tercera es la asociación institucional o normativa: la operación remite a una regla, un protocolo o una institución que la valida. La cuarta es el efecto verificable: el resultado puede comprobarse y, en muchos casos, registrarse. La quinta, decisiva, es la posibilidad de fallo: la operación tiene un negativo —no acceder, no pagar, no constar— que produce consecuencias sociales tangibles. Sin posibilidad de fallo, la operación pierde su filo. Las acciones cotidianas que no cumplen estas cinco condiciones pueden ser relevantes para la fenomenología o para la antropología; pero no constituyen, en el sentido aquí propuesto, operaciones de realidad.

El catálogo de operaciones que recorre la vida moderna no es infinito. Hay, más bien, una serie limitada y reconocible. Acceder se ejecuta mediante puertas, llaves, contraseñas, torniquetes y pasaportes; verificar, mediante firmas, huellas, tokens, captchas y códigos enviados al teléfono; clasificar, mediante formularios, diagnósticos, calificaciones y scores

crediticios; esperar, mediante filas, turnos, salas de espera y trámites en suspenso; pagar, mediante efectivo, tarjetas, terminales, transferencias y suscripciones; circular, mediante semáforos, pasaportes, boletos, fronteras y rampas; atender, mediante pantallas, notificaciones, scroll y recomendaciones; cargar, mediante baterías, cargadores, enchufes y redes eléctricas; registrar, mediante archivos, expedientes, tickets, logs digitales y nubes; desechar, mediante basureros, drenajes, residuos digitales y cementerios. Y, sobre todo, fallar: contraseñas rechazadas, tarjetas declinadas, sistemas caídos, archivos perdidos, apagones. La lista no pretende ser exhaustiva; pretende ilustrar que cualquier objeto del ensayo se inscribe en una operación más amplia que lo precede y lo sobrevive.

La virtud analítica de esta inversión se hace particularmente nítida cuando se observa la falla. Las operaciones de realidad tienden a ser invisibles mientras funcionan. Quien atraviesa una puerta no piensa en la operación de acceder; quien escanea su tarjeta en un torniquete no piensa en la operación de verificar; quien firma un recibo no piensa en la operación de registrar. La operación, por así decirlo, se eclipsa en su propia ejecución exitosa. La falla, en cambio, la convierte en evidencia. Cuando la contraseña no funciona, lo que aparece no es solo una contraseña fallida: aparece, súbitamente, la operación de verificación, con su soporte material, su protocolo, su institución y su efecto. Cuando la tarjeta es rechazada en la caja, aparece la operación de pago como red de comprobaciones que normalmente no se ven. Cuando un archivo se pierde, aparece la operación de registro como condición de existencia social de un evento. Cuando la red eléctrica se interrumpe, aparece la infraestructura entera que sostenía el resto. Cuando el formulario no procede, aparece la operación de clasificación, con sus casillas que admiten o rechazan. La falla no es un accidente externo al sistema: es el momento en que la cadena normalmente invisible se vuelve descriptible. La falla es la radiografía de la normalidad.

Podría objetarse, con razón, que la noción de operación de realidad amenaza con volverse demasiado amplia. Si todo opera, si toda acción puede ser leída como operación, el concepto pierde nitidez y se convierte en una etiqueta omnívora. La objeción merece consideración. La respuesta no consiste en relajar la definición, sino en mantener firmes las cinco condiciones restrictivas. Solo lo que es repetible, materialmente soportado, institucionalmente reconocido, verificable en sus efectos y susceptible de fallar puede

llamarse, en sentido fuerte, operación de realidad. Una conversación amable entre dos amigos no lo es; un saludo de cortesía tampoco. En cambio, autenticarse en una aplicación bancaria sí lo es; presentar un pasaporte en una frontera, también; ingresar un código de un solo uso enviado por mensaje, también. El concepto está calibrado, en consecuencia, para describir un terreno específico: aquel en el que la vida moderna se hace cargo, de modo repetido y materializado, de quien entra, quien paga, quien circula, quien consta, quien espera y quien queda fuera.

Conviene subrayar, antes de continuar, que el desplazamiento del objeto a la operación no anula los análisis precedentes. Los capítulos sobre objetos siguen siendo necesarios, porque la operación no flota: se ejecuta en cosas. Pero las cosas, vistas desde aquí, ganan otra inteligibilidad. Ya no son solo dispositivos curiosos; son variantes materiales de operaciones más generales. La puerta y la contraseña difieren en muchas cosas; coinciden en una: ambas son soportes contemporáneos de la operación de acceder. El ticket y el log digital difieren en su materialidad; coinciden en participar de la operación de registrar. La fila en una oficina pública y la barra de carga en una aplicación se separan en casi todo; convergen en una operación común: esperar. La civilización moderna ha multiplicado los soportes; las operaciones, en su forma básica, han variado mucho menos. El objeto cambia; la operación persiste.

La observación tiene un alcance que excede lo descriptivo. Si una operación puede ejecutarse mediante soportes muy distintos, también puede ser desplazada, regulada o resistida en el plano del soporte. Cambiar el soporte sin cambiar la operación es una de las maniobras más frecuentes de la modernidad: digitalizar lo que se hacía en papel, automatizar lo que se hacía a mano, externalizar lo que se hacía dentro. Cambiar la operación, en cambio, requiere intervenir en su lógica: no se trata de discutir si la verificación de identidad se hace con contraseña o con huella, sino si la verificación misma debe extenderse, restringirse o repensarse. Las críticas más finas a la digitalización contemporánea no son las que rechazan un soporte particular, sino las que examinan la lógica de la operación: para qué se verifica, quién verifica, qué se hace con los datos verificados. No basta preguntar qué significa una cosa; conviene preguntar qué permite, qué bloquea, qué registra y qué exige.

Con esta distinción, las puertas, las llaves y las contraseñas que se analizarán a continuación no aparecen como objetos aislados, sino como variaciones materiales de una operación más general: acceder. La cosa cambia; el verbo permanece. El próximo capítulo se ocupará precisamente de cómo esa operación se ejecuta en una familia particular de soportes, y de qué se gana y qué se pierde cuando el acceso se desplaza del cuerpo y la posesión al protocolo y al saber.

## **PARTE I — OBJETOS QUE GOBIERNAN**

### **5. Puertas, llaves y contraseñas: acceso y exclusión**

Pocas cosas son tan obvias como una puerta. Se abre, se cierra, se atraviesa. Y, sin embargo, pocas cosas concentran tantas operaciones decisivas. Una puerta ejecuta una frontera. No la representa: la realiza. Donde hay puerta, hay un dentro y un afuera, y la transición entre ambos no es continua sino discreta: alguien pasa o alguien no pasa, alguien entra o alguien queda fuera. La puerta es uno de los dispositivos más antiguos y, al mismo tiempo, uno de los más actuales. Sigue operando en la entrada de las casas, de las oficinas, de los hospitales, de las cárceles, de los aeropuertos, de los centros de datos. La puerta, en suma, hace mundo: distingue lugares y, al distinguirlos, los constituye.

La puerta no opera sola. Su funcionamiento requiere, en general, una llave. Y aquí se introduce un segundo plano material: la autorización. La llave materializa el derecho de acceso. Quien la posee, entra. Quien no, queda fuera. La distinción no es ética: es operatoria. La llave no pregunta por la dignidad ni por la intención: pregunta por la coincidencia geométrica con la cerradura. La cerradura es, en este sentido, un dispositivo de verificación mecánica. Su éxito histórico —desde las cerraduras egipcias hasta los cilindros modernos— se debe a su capacidad para volver la propiedad y la pertenencia algo decidible mecánicamente. Hay una densidad civilizatoria en el clic de una cerradura que cede.

La contraseña es la heredera digital de la llave. Pero, a diferencia de la llave, no se posee físicamente: se recuerda, se introduce, se valida. Y aquí aparece un fenómeno filosófico que merece atención. En el régimen analógico de la llave, la identidad coincide con la posesión: tiene derecho a entrar quien tenga la llave, sea quien sea. En el régimen digital de

la contraseña, la identidad coincide con el conocimiento: tiene derecho a entrar quien recuerde la combinación. Esa diferencia parece menor, pero produce consecuencias importantes. La contraseña se desvincula del cuerpo; se desplaza al campo del saber. Y ese saber es delegable, transmisible, robable, olvidable.

Cuando alguien olvida su contraseña, no pierde su identidad biográfica. Pierde, momentáneamente, su identidad operativa para ciertos sistemas. El descubrimiento es perturbador: la identidad digital no depende de «ser uno mismo» en sentido fuerte, sino de pasar un protocolo de verificación. Quien acceda al protocolo, accede a la cuenta; quien no, no accede. De ahí que sea posible suplantar identidades digitales sin suplantar personas. El fraude electrónico no necesita engañar a un humano: le basta con cumplir el protocolo. La identidad, en este régimen, se ha vuelto una credencial.

La biometría, con sus huellas y reconocimientos faciales, parece reintroducir el cuerpo en la ecuación. Pero también la biometría es protocolo: el sistema no reconoce al sujeto en sentido humano; reconoce un patrón que coincide con un patrón previamente registrado. La diferencia entre verificar una contraseña y verificar una huella es operatoria, no metafísica. En ambos casos, la pregunta del sistema es la misma: ¿coincide o no coincide? El sujeto, para el sistema, es lo que coincide con su registro.

Las consecuencias de este régimen exceden el plano individual. La generalización de las puertas digitales —contraseñas, tokens, validadores, certificados, claves de doble factor— ha producido una estructura social en la que la pertenencia a casi todo está mediada por accesos. Para ser usuario, hay que registrarse; para registrarse, hay que aceptar términos; para aceptar términos, hay que pasar verificaciones. Cada paso es una pequeña operación de inclusión que, simétricamente, define una operación de exclusión. La masa creciente de personas «sin acceso» —sin contraseña, sin credencial, sin verificación, sin smartphone capaz— constituye una nueva forma de marginalidad. No es marginalidad simbólica: es marginalidad operatoria.

Las plataformas digitales han sofisticado esta lógica de acceso hasta extremos antes inimaginables. Algunas combinan puerta y vigilancia: para entrar, hay que aceptar términos que autorizan la recolección de datos; al entrar, se queda bajo observación. La puerta es de

un solo sentido: se entra fácilmente, se sale con dificultad. Salir implica perder historial, contactos, contenidos, reseñas, reputación digital. La salida deja de ser equivalente a la entrada. La asimetría entre puerta de entrada y puerta de salida es una característica estructural de las plataformas, y conviene leerla en clave material: hay puertas más anchas hacia dentro que hacia fuera, hay puertas que se abren solas y otras que solo se abren con mucha fricción.

La puerta, finalmente, no opera solo sobre individuos: opera sobre poblaciones. En el plano geopolítico, esto es evidente: hay puertas nacionales —los puestos fronterizos— que regulan flujos enteros de personas. En el plano local, ocurre lo mismo: hay puertas de barrios cerrados, puertas de edificios corporativos, puertas de zonas restringidas, puertas que distribuyen quién entra a un hospital privado y quién a uno público. La puerta es, en este sentido, un instrumento de distribución de derechos materializado en un mecanismo simple: girar una manilla, presentar una credencial, ingresar una clave. La filosofía política, si quiere ser concreta, no puede evitar este nivel: las grandes desigualdades se realizan, en buena medida, en puertas.

## **6. Formularios, expedientes y calificaciones: clasificación del sujeto**

Un formulario es un objeto que parece menor. Una hoja de papel o una pantalla con campos. Sin embargo, pocas cosas ejecutan una operación tan radical: la traducción del sujeto en sujeto administrable. El formulario no conoce a quien lo llena; ni puede ni necesita conocerlo. Lo que hace es exigirle que se reduzca a campos: nombre, apellidos, fecha de nacimiento, nacionalidad, dirección, número de identificación, estado civil, ocupación, ingresos, antecedentes. Cada campo recorta una dimensión del sujeto; el conjunto de campos produce, al final, una versión administrable de la persona. Esa versión es la que entrará en el sistema. La persona, fuera del formulario, queda fuera del sistema.

Esta operación tiene historia. James C. Scott ha mostrado con detalle cómo los Estados modernos desarrollaron, a lo largo de los siglos, técnicas de legibilidad: catastros, censos, mapas, nombres fijos, mediciones estandarizadas. La pretensión de gobernar a poblaciones extensas obligó a producir representaciones manejables de territorios y sujetos. Los formularios son herederos directos de esa pretensión. Convierten una realidad opaca, plural,

irregular, en una serie de casillas comparables. El precio de esa legibilidad es la pérdida de matices; el beneficio, la posibilidad de administrar a escala.

Lo decisivo, sin embargo, no es solo el momento del llenado. Es lo que ocurre después. El formulario genera un expediente. El expediente conserva, a lo largo del tiempo, la traducción administrativa del sujeto. Cuando se necesita decidir si una persona tiene derecho a una pensión, a una visa, a un crédito, a una matrícula, a un puesto de trabajo, no se consulta a la persona en su integralidad: se consulta su expediente. Y el expediente, una vez constituido, tiende a ganar autonomía frente a la persona. La biografía administrativa puede divergir de la biografía vivida. Hay personas que, a efectos del sistema, son lo que su expediente dice de ellas, aunque sea incompleto, equivocado o congelado en el tiempo.

La burocracia, leída desde aquí, deja de ser un fastidio kafkiano para convertirse en un dispositivo de fabricación de sujetos administrables. David Graeber ha insistido en que la burocracia no es un residuo arcaico, sino un componente central de la modernidad. Lejos de declinar con la digitalización, se ha intensificado: los formularios físicos han sido reemplazados, ampliados y combinados con formularios digitales, que añaden requerimientos, validaciones, controles y registros. La promesa de simplificación administrativa ha producido, en muchos casos, su contrario: más campos, más verificaciones, más exigencias de prueba documental. La paradoja es solo aparente. La digitalización no reduce la burocracia: la traslada y la multiplica.

Las calificaciones constituyen una variante particularmente significativa de la operación clasificatoria. Una calificación traduce un rendimiento —siempre complejo, siempre contextual— en un símbolo simple: un número, una letra, una banda. El símbolo es luego usado como si fuera el rendimiento mismo. Las escuelas, las universidades, las empresas y los hospitales producen calificaciones; las calificaciones producen jerarquías; las jerarquías producen oportunidades y obstrucciones. Quien obtenga ciertos números, accede; quien no, no accede. La justicia o injusticia de cada calificación particular es discutible. Lo que no es discutible es su carácter operatorio: una vez emitida, opera. Para revertir su efecto, no basta con argumentar; hay que volver a producir otra calificación que la modifique. La calificación tiene la peculiaridad de ser, a la vez, registro y veredicto.

Los expedientes médicos repiten esta lógica en clave sanitaria. Un diagnóstico es una clasificación. Una vez asentada en el expediente, opera como predicado del sujeto: el paciente es «hipertenso», «diabético», «asmático», «depresivo». Esa predicación abre y cierra puertas: tratamientos, seguros, primas, permisos laborales, peritajes. La medicina contemporánea, sin negar su densidad clínica y humana, descansa también sobre operaciones documentales: receta, indicación, informe, dictamen, alta, baja, derivación. Cada uno de estos pasos materializa una decisión y, al materializarla, la vuelve transmisible y archivable. Lo que no se documenta, a efectos del sistema, no existe.

La crítica posible no consiste en pedir que se eliminen formularios, expedientes y calificaciones. Esa exigencia sería ingenua: ninguna sociedad de escala puede prescindir de mecanismos de legibilidad. La crítica consiste, más bien, en exigir lucidez sobre las consecuencias de estos dispositivos y, cuando sea posible, sobre los criterios con que se construyen. Una casilla cualquiera —«estado civil», por ejemplo— puede parecer neutral. No lo es: define qué configuraciones afectivas se reconocen y cuáles no. Una categoría diagnóstica puede parecer técnica. No lo es siempre: refleja decisiones nosológicas con efectos sociales. Una banda de calificación puede parecer objetiva. No lo es nunca del todo: descansa sobre supuestos sobre qué cuenta como mérito.

De todo lo anterior, dos conclusiones. Primera: el sujeto moderno no es solo un cuerpo con biografía; es también un conjunto de inscripciones documentales en circulación. Esa duplicidad es estructural, no accidental. Segunda: las luchas por reconocimiento, por derechos, por inclusión, no pueden ignorar el plano de los formularios, los expedientes y las calificaciones. Cambiar el lenguaje sin cambiar las casillas, las categorías y las escalas suele ser eficaz solo en superficie. Lo que gobierna en concreto a las personas no es un sustantivo abstracto: es lo que cabe, y lo que no cabe, en una hoja.

## **7. Alarmas, calendarios y filas: administración del tiempo**

La modernidad ha producido una experiencia particular del tiempo. No es solo una experiencia subjetiva, aunque también lo sea. Es una experiencia administrada: por relojes, alarmas, calendarios, agendas, turnos, citas, recordatorios, notificaciones, plazos. El tiempo cotidiano no fluye; es cortado, segmentado y distribuido por dispositivos. El cuerpo

despierta cuando la alarma suena, no cuando el sueño cesa; la jornada empieza cuando el calendario indica, no cuando el ánimo está disponible; la cita se cumple cuando el turno llega, no cuando se desea. Este régimen no es nuevo, pero ha alcanzado una densidad y una capilaridad sin precedentes.

La alarma es un ejemplo elemental. Un sonido elegido, frecuentemente desagradable, irrumpe en el sueño en un momento fijado de antemano. La fuerza operatoria de la alarma reside en su anticipación: no opera cuando suena, opera ya cuando se programa. Programar una alarma es, en términos materiales, un compromiso con un yo futuro al que se obliga a despertarse. Ese yo no es consultado en el instante en que la alarma suena; es presupuesto por el yo que la programó. La alarma fabrica obediencia anticipada de uno frente a sí mismo. Esa estructura, ampliada, organiza buena parte de la vida laboral: el calendario es una larga serie de alarmas distribuidas en el tiempo.

El calendario, en efecto, hace algo más complejo que medir días. Asigna disponibilidad. Una semana llena de reuniones programadas es una semana cuyo tiempo está ya gastado antes de ser vivido. La libertad efectiva del agente queda definida, en buena medida, por la cantidad de horas no comprometidas. Y, paradójicamente, la digitalización del calendario ha multiplicado los compromisos: invitaciones automáticas, salas virtuales, mensajes que esperan respuesta inmediata. La economía de la atención, de la que se hablará más adelante, se entrelaza con la economía del calendario: cada minuto puede ser convertido en compromiso por un clic ajeno.

La fila merece análisis aparte. Es una de las invenciones civilizatorias más sutiles. Antes de la fila, el acceso a un servicio se ordenaba por fuerza, por estatus o por azar. La fila introduce un principio operatorio mínimo de igualdad temporal: el primero que llega es el primero que se atiende. Esa igualdad no es plena, ni elimina las jerarquías; las suspende temporalmente para una operación concreta. Pero esa suspensión es ya un logro civilizatorio. La fila convierte una multitud en una sucesión; vuelve calculable el tiempo de espera; transforma la impaciencia en orden.

La fila, sin embargo, también revela desigualdades. Hay filas con preferencias —para adultos mayores, embarazadas, personas con discapacidad— y filas con privilegios —

business class, fast track, premium—. La distinción importa. Las preferencias buscan compensar desigualdades previas; los privilegios buscan monetizarlas. Quien paga, no espera. Esta diferenciación se ha generalizado en el consumo contemporáneo: hay filas para la mayoría y atajos para la minoría. El derecho a no esperar se ha vuelto un bien adquirible. Lo que en apariencia es un principio igualitario —la fila— termina convertido, en muchos casos, en escenario de discriminación regulada.

Las salas de espera condensan estas operaciones. En un hospital, un consulado, un juzgado, un banco, una oficina pública, las salas de espera no son simplemente recintos en los que las personas matan el tiempo. Son dispositivos en los que el tiempo de los ciudadanos queda materialmente subordinado al ritmo de la institución. La sala de espera dice, sin necesidad de palabras: aquí, su tiempo cuesta menos que el nuestro. Quien espera, espera porque el sistema decide cuándo atenderlo. Esa decisión rara vez es discutible; está incrustada en el flujo administrativo, en la disponibilidad de personal, en la prelación de casos.

La aceleración contemporánea, descrita por distintos autores con énfasis variables, tiene su contrapartida en una proliferación de esperas. No se trata de una contradicción superficial. Lo que se acelera son ciertos circuitos —los financieros, los digitales, los de consumo inmediato— y lo que se ralentiza son otros —los burocráticos, los médicos, los judiciales—. La modernidad coexiste con su negativo: tiempos diferenciados según el tipo de operación. Hay quienes viven, simultáneamente, en una temporalidad acelerada (notificaciones, compras instantáneas, mensajes urgentes) y en una temporalidad detenida (citas a meses vista, expedientes que esperan resolución, trámites encadenados). El cuerpo del ciudadano contemporáneo habita esa fractura sin que casi nadie la nombre.

Las notificaciones constituyen, en este paisaje, una forma de microadministración del tiempo. Cada notificación es una interrupción programada para captar la atención del usuario. Sumadas a lo largo de un día, fragmentan el tiempo en intervalos cortos, dificultan la concentración prolongada y producen un estado de disponibilidad permanente. El sujeto contemporáneo no es solo trabajador o ciudadano; es notificable. La diferencia parece

menor; no lo es. Estar notificable significa que cualquier mensaje, en cualquier momento, puede reclamar atención. La vida cotidiana se reorganiza en torno a esa expectativa.

El examen de estos dispositivos —alarmas, calendarios, filas, citas, notificaciones— muestra que la administración del tiempo no es una metáfora. Es una operación material que ejecutan objetos, software, infraestructuras y protocolos. Quien controla esos dispositivos —el empleador que llena el calendario, la institución que organiza la fila, la plataforma que decide qué notificación enviar— controla, en buena medida, el tiempo del usuario. Las grandes asimetrías sociales se materializan también en este plano: quien puede decidir cuándo llegar y cuándo irse, no es libre por temperamento; es libre porque dispone de los dispositivos del tiempo, o porque otros los disponen para él.

## **8. Supermercados, tickets y códigos de barras: logística del consumo**

El supermercado es uno de los lugares más sofisticados de la civilización contemporánea, aunque casi nadie lo describa así. Su apariencia es modesta: estanterías, carros, pasillos, refrigeradores, cajas, terminales. Su funcionamiento, sin embargo, depende de una articulación logística considerable: inventarios, cadenas de frío, transporte, etiquetado, escaneo, registro, pago, devolución. Caminar por un supermercado es, en términos operatorios, recorrer un dispositivo que conecta productores, distribuidores, transportistas, comerciantes, gobiernos y consumidores. La impresión de elegir libremente entre mercancías encubre la naturaleza altamente organizada del espacio que las contiene.

La distribución de las góndolas no es neutra. Las posiciones a la altura de los ojos están reservadas a productos con mayor margen; las posiciones bajas, a marcas blancas y productos secundarios. Los pasillos están diseñados para forzar recorridos: los productos básicos —pan, leche, huevos— suelen situarse al fondo, obligando a atravesar zonas de tentación. La música, la iluminación, la temperatura, la cartelería: todo está pensado para que el consumidor permanezca, mire y compre. Sería excesivo hablar de manipulación si por manipulación se entiende un control absoluto; es más exacto decir que el espacio del supermercado está calibrado para inclinar comportamientos. El consumidor puede resistir; las inclinaciones, sin embargo, están materialmente instaladas.

El código de barras merece atención filosófica. Es una de las invenciones más invisibles y más decisivas de la segunda mitad del siglo XX. Un patrón de líneas y espacios traducido a una secuencia numérica, asociado a una base de datos: con eso basta para que el mercado se lea a sí mismo. Cada producto, una vez codificado, queda incorporado a un sistema de inventario, precio, rotación, promoción y trazabilidad. El código de barras no representa el producto; lo vuelve operable. Sin código, no hay caja; sin caja, no hay venta; sin venta, no hay registro; sin registro, no hay reposición. La cadena entera del comercio moderno se sostiene en este pequeño signo industrial.

La caja, por su parte, es la frontera operatoria entre el supermercado y el comprador. Pasar por caja es completar la operación: lo que estaba en el carro pasa a ser propiedad del consumidor, a cambio de una contraprestación monetaria. La caja no es un mostrador cualquiera; es un dispositivo de cierre. Y produce un objeto pequeño pero decisivo: el ticket. El ticket parece anecdótico; muchas personas lo descartan sin mirarlo. Pero el ticket prueba que una operación fue reconocida por el sistema. Sin ticket, no hay garantía, no hay devolución, no hay reclamación. Más aún: el ticket es la huella que el sistema deja en el consumidor de que su acto ha sido registrado. El sistema se asegura de que él mismo recuerde la operación, y entrega al cliente una copia material de ese recuerdo.

La generalización de las tarjetas de crédito y débito, y más recientemente de los pagos por aplicación o por aproximación, ha desplazado la materialidad del pago, sin eliminarla. La tarjeta es también un objeto operador. Su banda magnética, su chip, su rango NFC, son dispositivos materiales de verificación de identidad y autorización de pago. Cada tarjeta es a la vez puerta y firma. Y el conjunto de tarjetas en circulación constituye una infraestructura monetaria distribuida que, en muchas economías, ha desplazado al efectivo no como decisión cultural, sino como consecuencia de la conveniencia operatoria. Pagar con tarjeta es más rápido, más legible, más rastreable. Cada compra deja huella; el agregado de huellas configura un perfil; el perfil alimenta sistemas de recomendación, evaluación crediticia y vigilancia comercial.

La promesa de libertad de elección que el supermercado parece encarnar requiere matices. El consumidor elige entre lo que está; lo que está, está porque alguien decidió

ponerlo. Las decisiones de surtido, las relaciones con proveedores, los acuerdos con marcas, las promociones cruzadas: todo eso configura el espacio de elección. La libertad operatoria no se ejerce en el vacío: se ejerce dentro de una arquitectura previa. Esto no impide que existan preferencias reales del consumidor, ni que existan estrategias minoritarias — compra a granel, consumo local, mercados alternativos— que escapen, en parte, a la lógica dominante. Pero conviene no confundir la posibilidad teórica de elegir con la organización efectiva de las opciones disponibles.

El comercio electrónico ha radicalizado esta lógica. Las tiendas virtuales eliminan algunas restricciones físicas —espacio, horario, ubicación—, pero introducen otras: algoritmos de recomendación, ordenamientos por rentabilidad, filtros opacos, microsegmentación de precios. La pantalla parece más libre que el pasillo, pero está cargada de operaciones invisibles. Cada producto que aparece, aparece porque un sistema lo seleccionó para ese usuario en ese momento. Cada usuario ve, en cierto sentido, una tienda distinta. La individualización del comercio no significa mayor democracia comercial; significa que la coreografía logística se ha vuelto personalizable.

La economía contemporánea, vista desde aquí, no se entiende solo por sus magnitudes macro —PIB, inflación, balanza comercial—. Se entiende también por las operaciones materiales que la sostienen: códigos, tickets, cajas, tarjetas, inventarios, cadenas logísticas. La crítica filosófica del consumo, si quiere ser concreta, debe dejar de hablar de «el mercado» en abstracto y descender a estos dispositivos. Allí se constituyen, en buena medida, los hábitos, las dependencias, las ventajas y las desventajas que luego se proyectan a los grandes diagnósticos sociales. El supermercado, leído así, es menos un lugar aislado que la interfaz visible de una infraestructura logística mucho mayor.

## **9. Pantallas, notificaciones y scroll: captura de atención**

La pantalla es, probablemente, el objeto cotidiano más característico de las últimas décadas. No solo por su omnipresencia, sino por la concentración de funciones que ha logrado: en una misma superficie se trabaja, se conversa, se compra, se ama, se aprende, se descansa, se vigila y se es vigilado. La pantalla ha absorbido, en una sola interfaz, actividades que antes ocurrían en lugares y con objetos distintos: el periódico, la carta, la oficina, el

teatro, la radio, la libreta, la tienda. Esta convergencia no es solo técnica; es operatoria. La pantalla ejecuta, en un mismo espacio, operaciones de comunicación, transacción, identificación, distracción y registro.

La atención, sostiene parte de la crítica contemporánea, se ha convertido en el recurso escaso por excelencia. Shoshana Zuboff ha analizado cómo el capitalismo de vigilancia se nutre de la captura, modelación y predicción de comportamientos. Jonathan Crary ha mostrado cómo el ideal 24/7 erosiona los tiempos de descanso y sueño. Byung-Chul Han ha descrito una sociedad del rendimiento y la transparencia que se autoexplota antes de ser explotada externamente. Bernard Stiegler advirtió, durante décadas, sobre la desindividuación cognitiva ligada a la industrialización de la memoria y la atención. Cada uno de estos diagnósticos, con sus diferencias, converge en una observación material: existen dispositivos diseñados específicamente para atraer y retener la atención, y esos dispositivos están en buena parte instalados en pantallas.

La notificación es el átomo operatorio de este régimen. Una notificación es una pequeña interrupción programada por un sistema y dirigida al usuario. Sus efectos son medibles: aumenta la frecuencia de apertura de una aplicación, reduce el tiempo entre estímulo y respuesta, modifica el ritmo del trabajo y del descanso. Las plataformas ajustan la frecuencia y el contenido de sus notificaciones con base en análisis de comportamiento. No es necesario suponer una intención maquiavélica: basta con que el incentivo de las plataformas sea maximizar el tiempo de uso y la actividad del usuario para que las notificaciones se conviertan en una herramienta central de su modelo de negocio.

El scroll infinito merece un análisis particular. En su forma clásica, el contenido se ordenaba en páginas, con un inicio y un final. La página imponía un cierre mínimo: se llegaba al pie y había que decidir si seguir o detenerse. El scroll infinito elimina esa decisión. El contenido se carga indefinidamente, sin marcas claras de término. La operación del usuario se reduce a deslizar el pulgar; la operación del sistema, a alimentar nuevos contenidos. No hay un punto natural de parada. El cierre tiene que ser decidido por el sujeto contra el dispositivo, no con su ayuda. Esa asimetría es operatoria: se ha trasladado al usuario la responsabilidad de detenerse en un entorno diseñado para no detenerse.

Las consecuencias del régimen atencional son corporales antes que ideológicas. El uso prolongado de pantallas produce fatigas oculares, alteraciones del sueño, tensiones musculares específicas (el «cuello tecnológico»), alteraciones de la postura y modificaciones de los ritmos de concentración. El cuerpo se reorganiza en torno a la pantalla: hombros encorvados, ojos cercanos, dedos hiperentrenados. La pantalla no se limita a ocupar tiempo; modela cuerpos. Esa modelación corporal precede y condiciona los efectos psicológicos — ansiedad, irritabilidad, dificultades de concentración— que suelen comentarse con mayor frecuencia.

La crítica de las pantallas, sin embargo, debe evitar dos errores. El primero es el moralismo: pretender que el problema se resuelve apelando a la fuerza de voluntad individual. Un dispositivo diseñado por equipos profesionales con presupuestos millonarios y datos de comportamiento masivos no se neutraliza con buenos propósitos. La asimetría entre el diseñador y el usuario es enorme. El segundo error es el tecnopesimismo absoluto: pretender que toda pantalla es nociva y que la solución es volver a un estado preindustrial. Las pantallas también permiten formas valiosas de trabajo, comunicación, acceso a información y participación. La cuestión no es eliminar pantallas, sino discutir cómo se diseñan, regulan y usan.

Una distinción operatoria puede ayudar: hay pantallas de uso y pantallas de captura. Una pantalla de uso es la que el sujeto enciende, utiliza para una tarea concreta y apaga al terminar. Una pantalla de captura es la que se enciende sola, propone contenidos infinitos, interrumpe con notificaciones y desincentiva el cierre. Las dos coexisten en los mismos dispositivos; muchas veces, en la misma aplicación. La cuestión política consiste, en parte, en saber qué proporción entre uso y captura toleramos colectivamente, y qué mecanismos — jurídicos, técnicos, educativos— estamos dispuestos a desplegar para inclinar la balanza.

La pantalla, en suma, no es un símbolo de la modernidad: es uno de sus operadores centrales. Distribuye atención, organiza tiempo, conecta cuerpos con plataformas, produce registros minuto a minuto, conecta instituciones (banca, escuela, trabajo, sanidad) con prácticas cotidianas. Tomar en serio la pantalla como operador material, y no solo como dispositivo de comunicación, es una de las tareas pendientes de la filosofía contemporánea.

La pantalla, además, parece inmediata porque oculta la red material que la alimenta: electricidad, cables, servidores, protocolos y centros de datos.

## **10. Baterías, cargadores y apagones: dependencia energética**

Hay un objeto humilde cuya importancia se descubre, casi siempre, por su agotamiento: la batería. Una batería plena es invisible; una batería al diez por ciento se vuelve una urgencia. La promesa de la batería es la movilidad: liberar al dispositivo del cable, permitir que el sujeto se desplace sin perder funcionalidad. Esa promesa, sin embargo, encubre una dependencia más profunda. La batería extiende la conexión, no la elimina. Lo que permite es desplazar momentáneamente el momento del enchufe; tarde o temprano, la conexión vuelve. La vida móvil es, en realidad, una vida que organiza sus rutas en función de la disponibilidad de tomas eléctricas.

El cargador es la prótesis humilde de la vida digital contemporánea. Apenas se le presta atención cuando funciona; su pérdida o su rotura produce, en cambio, una incomodidad considerable. El cargador específico para cada dispositivo, las disputas por enchufes en cafés y aeropuertos, las prolongaciones que invaden las salas de espera: son síntomas de un fenómeno mayor. Vivimos en una infraestructura energética que ha sido naturalizada hasta el punto de pasar inadvertida, pero que sostiene casi todo lo que hacemos. Cada hora de pantalla, cada llamada, cada notificación, cada operación bancaria: todo eso cuesta energía. La cuenta material no aparece en cada operación particular, pero está allí, agregada, en facturas, redes, plantas y emisiones.

La conciencia de esta infraestructura suele despertarse en los apagones. Un apagón no es solo una interrupción de la electricidad: es la revelación súbita de hasta dónde llega la electricidad. Sin electricidad, no hay luz, pero tampoco hay refrigeradores funcionando, ni elevadores activos, ni routers operativos, ni cajeros automáticos disponibles, ni semáforos coordinando el tráfico, ni respiradores en algunos hospitales, ni pagos por tarjeta, ni notificaciones, ni música, ni climatización. La modernidad, que se imagina inmaterial cuando todo funciona, descubre su materialidad cuando algo se apaga. El apagón es la prueba negativa del materialismo cotidiano.

Las consecuencias de un apagón prolongado son rápidamente graves. La cadena de frío se interrumpe: alimentos y medicamentos se degradan. Los hospitales, salvo que dispongan de generadores y combustible, deben priorizar cuidados. Los pagos electrónicos colapsan; quienes solo llevan tarjeta quedan sin acceso a transacciones. Los sistemas de comunicación se saturan o caen. El tráfico se vuelve caótico sin semáforos. El miedo y la confusión se instalan rápidamente en zonas urbanas densas. Lo que parecía un sistema robusto se revela como un equilibrio precario sostenido por insumos energéticos constantes.

La dependencia energética tiene, además, una dimensión geopolítica. La electricidad cotidiana es producida por mezclas energéticas —fósiles, nucleares, hidroeléctricas, eólicas, solares— cuya composición depende de decisiones políticas, de disponibilidad de recursos, de mercados internacionales, de tecnologías disponibles. Quien controla la producción, el transporte y el almacenamiento de energía, controla buena parte de la actividad cotidiana. La filosofía política del siglo XXI no puede ignorar este plano: la soberanía energética es una de las formas materiales de la soberanía a secas.

Las baterías de iones de litio, que dominan hoy el sector móvil y empiezan a dominar el automovilístico, requieren litio, cobalto, níquel, manganeso, grafito y otros materiales. La extracción de estos materiales tiene impactos ambientales y sociales considerables: agotamiento de acuíferos en zonas mineras, conflictos laborales y geopolíticos, modificaciones de paisajes. Cada batería pequeña que llevamos en el bolsillo se conecta, por una cadena material no metafórica, con minas, salares, refinerías, fábricas y rutas de transporte. La movilidad personal descansa sobre una inmovilidad estructural: las minas no se mueven, las personas que trabajan en ellas tampoco siempre.

La promesa de las energías renovables y de los vehículos eléctricos no se evalúa correctamente sin atender a este plano material. Su contribución al cambio energético es real y necesaria. Pero suponer que se trata de una solución gratuita es ingenuo. Toda transición energética implica nuevas materialidades, nuevas extracciones, nuevas dependencias. Las viejas dependencias del petróleo no se eliminan sin más: se reemplazan o se complementan por dependencias de litio, cobre, tierras raras. La pregunta política deja de ser «¿con qué

energía funcionamos?» para volverse «¿qué configuraciones materiales y sociales acompañan a cada energía?»

La batería cotidiana, vista desde aquí, no es un objeto inocente. Es la condensación, en un cilindro o una placa, de cadenas geopolíticas, decisiones industriales, riesgos ambientales y formas de vida. Cuando alguien busca con angustia un enchufe en una sala de espera, está actuando dentro de una infraestructura cuyas implicaciones rebasan ampliamente su urgencia inmediata. Mostrar esa profundidad no es retórica: es responsabilidad analítica. La batería es, en este sentido, el punto en que el objeto cotidiano deja ver, por un instante, la infraestructura energética que lo sostiene.

## **11. Sillas, baños y camas: cuerpo civilizado**

El cuerpo moderno no es solo biológico. Es un cuerpo dispuesto: por sillas, mesas, camas, baños, escritorios, aulas, salas de espera, transportes y dispositivos. Tres familias de objetos resultan particularmente reveladoras, no porque agoten la cuestión del cuerpo, sino porque cada una de ellas materializa una operación distinta: la silla disciplina la atención, el baño organiza la intimidad, la cama administra el descanso. Las tres son, simultáneamente, instrumentos de cuidado y dispositivos de orden.

La silla parece un objeto modesto. Sostiene un cuerpo. Pero la silla escolar, la silla de oficina, la silla de la sala de espera, la silla de la sala de operaciones, la silla del confesionario y la silla del juzgado realizan operaciones distintas. La silla escolar fabrica cuerpos disponibles para la atención: dispone al alumno frente al maestro, con la espalda recta, los pies en el suelo, los ojos en el frente. La silla de oficina dispone al trabajador frente a la pantalla, con la espalda parcialmente sostenida por un respaldo regulable, las muñecas sobre el teclado, los ojos a la altura del monitor. La silla de la sala de espera dispone al ciudadano a esperar, en filas paralelas, sin mesa, sin comodidades, con la mirada al frente: una geometría que invita a la paciencia obligatoria.

Bourdieu, sin necesidad de filosofar sobre sillas, mostró que el cuerpo es uno de los lugares principales donde se inscriben las disposiciones sociales: gestos, posturas, modos de comer, de hablar, de moverse. La silla es uno de los instrumentos que ayudan a esa

inscripción. Sentarse «bien», sentarse «mal», sentarse «como se debe» en cada contexto: estas distinciones no son inocentes; producen y reproducen clasificaciones. Goffman, por su parte, recordó que la vida social es también un orden de interacción regulado por escenografías materiales: la silla, en este sentido, es parte de la escenografía cotidiana en la que se ejecuta el rol del estudiante, del trabajador, del paciente, del solicitante.

El baño es, quizá, el lugar más íntimo y, al mismo tiempo, más social del hogar. En él se concentran operaciones que ninguna otra parte de la casa concentra: limpieza, defecación, micción, higiene íntima, cuidado del cabello, control del aspecto, autoexamen. La modernidad ha ido confinando estas funciones a un espacio cerrado, lo que produce una compartimentación corporal que no era universal en otras épocas y culturas. Pero el baño no solo organiza la intimidad: organiza la clase. Los baños privados son uno de los lujos relativos más estables de la modernidad; quienes carecen de baño propio comparten un dispositivo que afecta directamente su vida cotidiana. La presencia o ausencia de un baño en una vivienda, de un baño accesible para personas con discapacidad en un edificio público, de un baño limpio en una escuela: estas presencias o ausencias producen desigualdades concretas, no metafóricas.

La cama no es solo un mueble; es un dispositivo polivalente. En ella se duerme, se descansa, se ama, se sufre, se convalece y, muchas veces, se muere. La cama del hospital se diferencia de la cama del hogar; la cama matrimonial se diferencia de la cama individual; la cama del trabajador en turnos se diferencia de la cama del estudiante que duerme tarde. Cada cama materializa un régimen de descanso y de productividad. Las economías modernas han colonizado, en parte, el sueño: la presencia de pantallas en los dormitorios, la disponibilidad nocturna a través de notificaciones, la prolongación del trabajo más allá de las horas de oficina, todo ello modifica la operación que la cama estaba destinada a permitir. Crary, sin necesidad de exageración, ha mostrado cómo el sueño es uno de los pocos territorios que aún resisten a la lógica 24/7, y cómo esa resistencia se vuelve cada vez más frágil.

Hay una pedagogía corporal silenciosa en estos objetos. Aprender a sentarse en una silla escolar es, simultáneamente, aprender a estar atento; aprender a usar un baño público

es, simultáneamente, aprender una forma de civilidad; aprender a dormir en una cama con horarios y rituales es, simultáneamente, aprender la disciplina de la jornada laboral. No se trata de denunciar estas disciplinas: la vida en común exige formas mínimas de orden corporal. Se trata, en cambio, de reconocer que esas formas no son obvias ni naturales, sino producidas, mantenidas y reforzadas por objetos cotidianos.

La filosofía del cuerpo, cuando ignora estos objetos, tiende a perderse en abstracciones. El cuerpo moderno no es solo «el cuerpo» en general; es un cuerpo que se sienta cierta cantidad de horas al día, que duerme cierto número de horas, que come a ciertas horas, que se asea de ciertas maneras, que se traslada en ciertos medios, que se viste según ciertas convenciones. Cada uno de estos hábitos requiere, para sostenerse, objetos disponibles y rutinas materiales. La pregunta filosóficamente interesante no es «qué es el cuerpo» en abstracto, sino qué configuraciones materiales producen los cuerpos efectivos de un tiempo dado.

Aquí se hace evidente, también, la dimensión política. Quien dispone de las sillas, los baños y las camas que ocupan a los demás —el director de la escuela, el jefe de la oficina, el administrador del hospital, el alcaide de la prisión— dispone, en buena medida, de los cuerpos de los demás. Las luchas por la dignidad laboral, sanitaria, escolar y penitenciaria pasan, también, por la calidad, accesibilidad y disponibilidad de estos objetos. No son cuestiones menores: son las formas concretas en que se materializa el reconocimiento o el desprecio.

## **12. Pasaportes, aeropuertos y semáforos: tránsito regulado**

El movimiento humano no es libre. Está regulado por una multiplicidad de dispositivos que distribuyen quién puede ir adónde, cuándo y en qué condiciones. Tres familias de objetos resultan especialmente reveladoras: el semáforo, en la escala urbana cotidiana; el aeropuerto, en la escala del tránsito globalizado; el pasaporte, en la escala de la pertenencia política. Las tres comparten un rasgo: parecen neutras, casi naturales, pero ejecutan operaciones decisivas de jerarquización de la movilidad.

El semáforo es un dispositivo de regulación impersonal. Ordena el cruce de vehículos y peatones sin necesidad de discutir con cada conductor, sin necesidad de policía permanente, sin necesidad de argumentación. Su autoridad se sostiene en su simplicidad: tres luces, tres estados, tres operaciones. Pasar, esperar, prepararse. Lo notable es que esa autoridad se obedece sin reflexión filosófica. Un conductor no se detiene porque el semáforo «represente» el Estado, ni porque le convenza un argumento jurídico: se detiene porque, en algún momento, internalizó la operación. El semáforo enseña una forma elemental de obediencia material: obedecer una luz.

El aeropuerto es, en cambio, un dispositivo de altísima complejidad. Concentra operaciones de identificación (pasaportes, controles biométricos), vigilancia (cámaras, escáneres, agentes), espera (salas, filas, demoras), consumo (tiendas duty-free, restaurantes, lounges), frontera (puestos migratorios, sellos, declaraciones aduaneras), logística (carruseles, cintas, carretillas) y movilidad (puertas de embarque, aviones, pistas). Marc Augé caracterizó el aeropuerto como un «no-lugar», y el término ha tenido fortuna. La caracterización tiene una virtud y un límite. Tiene la virtud de subrayar la impersonalidad y la transitoriedad del espacio aeroportuario. Tiene el límite de oscurecer hasta qué punto el aeropuerto es, materialmente, un lugar fuertemente ordenado, con flujos, jerarquías y diferencias muy concretas.

En el aeropuerto se manifiesta, con particular nitidez, la jerarquía contemporánea de la movilidad. Hay viajeros con preferencia y viajeros comunes; hay filas rápidas y filas ordinarias; hay salas exclusivas y salas de espera generales; hay programas de viajero frecuente que recompensan la fidelidad; hay sospechas estructurales que recaen sobre ciertos pasaportes y no sobre otros. La operación aeroportuaria no es uniforme para todos los cuerpos que la atraviesan. Conviene no idealizarla: el aeropuerto no es solo un cruce internacional cosmopolita, es también un dispositivo de filtración que decide, en cada momento, quién entra, quién espera, quién sale, quién es interrogado y quién devuelto.

El pasaporte ocupa, en esta cadena, un lugar central. No es solo un documento de identidad. Es una distribución de derechos de movimiento. Algunos pasaportes abren mundos: permiten viajar sin visado a decenas de países, pasar controles con rapidez, alojarse

sin sospechas. Otros pasaportes abren interrogatorios: requieren visados costosos y difíciles, son examinados con detenimiento, son ocasión de interrogatorios prolongados, generan, en muchos casos, rechazos. Esta diferencia es operatoria, no simbólica. Dos personas con biografías equivalentes, pero con pasaportes distintos, no tienen el mismo mundo a su alcance. La libertad de movimiento no es una cualidad universal del ser humano; es una variable distribuida según pasaportes.

La crítica al régimen migratorio contemporáneo gana en concreción cuando se la lee desde aquí. No se trata solo de discutir doctrinas abstractas sobre fronteras o cosmopolitismo. Se trata de reconocer que la movilidad efectiva está organizada por documentos y dispositivos materiales que ejecutan, en cada control, operaciones de inclusión y exclusión. Las decisiones que se toman en una ventanilla migratoria son, en términos materiales, decisiones sobre vidas: quién puede vivir donde, quién puede trabajar donde, quién puede reunirse con su familia, quién puede recibir atención médica, quién puede estudiar.

La biometría ha agregado capas a este sistema. Los pasaportes con chip, los registros faciales, las huellas dactilares almacenadas: todo ello convierte a las fronteras en bases de datos consultables en tiempo real. Una persona puede ser identificada, no por su pasaporte, sino por la coincidencia entre su rostro o su huella y un registro. Las consecuencias son ambivalentes: por un lado, esto puede acelerar trámites para viajeros «confiables»; por otro, intensifica la vigilancia para todos. La distinción entre quién es confiable y quién no, además, no es neutral: refleja decisiones políticas, históricas y diplomáticas, encapsuladas en bases de datos que pocos pueden auditar.

Las ciudades repiten, en su escala, lógicas similares. Hay barrios cuya entrada está informalmente regulada por la apariencia, la lengua, el modo de vestir; hay vehículos privilegiados (ambulancias, comitivas oficiales) cuyos derechos de tránsito difieren de los demás; hay calles peatonales que excluyen vehículos; hay rampas que incluyen ciertos cuerpos y excluyen otros. La accesibilidad no es un atributo de la ciudad en abstracto: es una propiedad de sus dispositivos materiales. Una rampa bien diseñada cambia la posibilidad real de circulación de una persona con discapacidad. Su ausencia, la mata.

El tránsito regulado, leído así, es una de las dimensiones más decisivas y menos discutidas de la vida moderna. No basta proclamar el derecho a circular si los dispositivos materiales —semáforos, aceras, rampas, puertas, controles, pasaportes, aeropuertos— no lo hacen efectivamente posible para todos. La filosofía política contemporánea, si quiere ser concreta, debe acoplar sus principios a esta densidad material. La libertad de movimiento no se discute solo en tribunales y en tratados: se ejecuta, o se incumple, en cada dispositivo de tránsito.

### **13. Archivos, funerales y cementerios: memoria y muerte**

La memoria social no es una sustancia interior; es una operación materializada. Existen recuerdos individuales, sin duda, ligados a circuitos neuronales y a experiencias vividas. Pero la memoria que cuenta socialmente, la que permite hacer cosas, otorgar derechos, conservar herencias, atribuir responsabilidades, no flota en cabezas: está depositada en archivos, registros, expedientes, libros, fotografías, lápidas, monumentos. El archivo, en sentido amplio, es uno de los dispositivos centrales de la civilización.

Jacques Derrida advirtió que el archivo no conserva simplemente lo que pasó; decide qué de lo pasado podrá funcionar como pasado. Lo que entra al archivo, perdura y puede ser invocado; lo que queda fuera, tiende a disolverse en el olvido o en la oralidad efímera. Esta operación no es neutral. Cada archivo refleja decisiones —qué se guarda, qué se descarta, qué se ordena, qué se prioriza— que son inseparables de las relaciones de poder en las que se constituye. Los archivos de Estado conservan lo que el Estado considera digno de ser conservado; los archivos eclesiásticos, lo que la Iglesia consideró relevante; los archivos privados, lo que ciertos sujetos o familias decidieron preservar.

Paul Ricoeur abordó la cuestión desde otra clave: la del trabajo de la memoria y la del olvido. Su análisis distingue entre la memoria entendida como recuerdo individual y la historia entendida como reconstrucción crítica del pasado, mediada por documentos. El documento es central, en su análisis, porque permite que el pasado se vuelva objeto de discusión racional. Aleida Assmann ha desarrollado, por su parte, una distinción entre memoria comunicativa y memoria cultural, mostrando cómo la conservación de la memoria

a través de generaciones requiere soportes materiales y prácticas institucionales: monumentos, fechas, rituales, archivos.

La digitalización del archivo ha modificado profundamente estas operaciones. Por un lado, ha multiplicado la capacidad de almacenamiento: lo que antes requería estanterías ahora cabe en servidores. Por otro, ha introducido fragilidades nuevas: la dependencia de formatos que envejecen rápidamente, la vulnerabilidad a fallos técnicos, la centralización en grandes empresas que custodian millones de archivos personales. La nube, ese término amable, designa en realidad enormes centros de datos con consumos energéticos considerables. El archivo digital no es inmaterial; es material de otra manera.

Las plataformas contemporáneas son, en un sentido relevante, archivos de la vida personal. Los correos electrónicos, los mensajes, las fotos, los videos, las publicaciones, los gustos, los desplazamientos: todo eso queda registrado en servidores ajenos. La biografía cotidiana se ha vuelto, en buena medida, archivable por terceros. Esta circunstancia tiene consecuencias importantes. Cambia la relación del sujeto con su propio pasado: lo que se guarda ya no depende solo de su memoria, sino de las políticas de almacenamiento de la plataforma. Cambia la relación con la herencia: quien hereda no encuentra solo objetos físicos, sino cuentas, contraseñas, archivos, perfiles. Y cambia la relación con la muerte.

El funeral es, en este registro, un objeto compuesto que ejecuta operaciones decisivas. No conserva al muerto: lo socializa como muerto. Transforma un cadáver en un muerto socialmente situado. Esa operación requiere objetos: ataúdes, urnas, lápidas, ropas, flores, esquelas, certificados de defunción. Cada uno de estos objetos materializa un paso en el proceso por el cual una persona deja de ser miembro activo de la comunidad y pasa a ser miembro recordado. El funeral no es solo un rito: es un dispositivo de transición ontológica administrada por objetos.

Los cementerios prolongan esa operación. Ordenan a los muertos según jerarquías que reflejan, casi sin disimulo, las jerarquías de los vivos. Hay tumbas familiares, panteones imponentes, nichos modestos, fosas comunes. La ubicación, el tamaño, el material y el cuidado de cada tumba dicen tanto sobre la historia social del difunto como sobre la familia

que lo sobrevive. El cementerio es, en este sentido, una topografía social conservada en piedra. Caminar por él es leer un mapa material de las desigualdades del lugar.

La pregunta sobre qué pasa con los archivos digitales tras la muerte se ha vuelto, por eso, una cuestión filosófica y jurídica de primer orden. ¿Qué se hace con la cuenta de correo de un fallecido? ¿Con sus fotos en la nube? ¿Con sus mensajes? ¿Con sus archivos profesionales? ¿Quién hereda contraseñas? ¿Pueden los herederos acceder a los contenidos? ¿Pueden las plataformas conservarlos indefinidamente? Estas preguntas no son ociosas; configuran el modo en que las próximas generaciones podrán o no acceder a las memorias de las anteriores. El derecho al olvido digital, el derecho de acceso, los acuerdos sobre conservación: todo ello está en plena construcción y dista mucho de estar resuelto.

La desaparición forzada de personas, en contextos de violencia política, ilustra de manera trágica la importancia material de los archivos y de la conservación de cuerpos. Donde no hay tumba, donde no hay registro, donde no hay archivo, la operación de duelo se vuelve enormemente difícil y, a veces, imposible. Las luchas por la verdad y la memoria, en sociedades que han atravesado violaciones graves de derechos humanos, no son luchas etéreas: son luchas concretas por documentos, por restos, por inscripciones. Sin esos materiales, la justicia y el duelo quedan suspendidos.

Memoria y muerte, vistas desde aquí, se sostienen en una red de objetos: archivos, registros, lápidas, urnas, monumentos, fotografías, certificados, expedientes, servidores. La filosofía que ignora esta red corre el riesgo de hablar de la memoria como si fuera una facultad universal, y de la muerte como si fuera una experiencia individual desligada de instituciones. Lo cierto es que ambas están profundamente mediadas por dispositivos materiales que determinan qué se conserva, qué se reconoce y qué se transmite.

## **14. De la cosa a la red: cuando el objeto deja ver su infraestructura**

Hasta aquí, el recorrido ha procedido por objetos. Capítulo tras capítulo, una familia material ha sido descrita en su capacidad para ejecutar operaciones de realidad: la puerta y la contraseña, el formulario y el expediente, la alarma y la fila, el ticket y el código de barras, la pantalla y la notificación, la batería y el cargador, la silla y la cama, el semáforo y el

pasaporte, el archivo y la lápida. Esa secuencia ha producido un mapa razonablemente denso de la superficie material de la vida moderna. Pero, llegados a este punto, conviene reconocer un límite del recorrido. Cada uno de esos objetos ha sido analizado, principalmente, como una unidad. La puerta, la contraseña, el formulario, la pantalla, el pasaporte han aparecido en pequeñas escenas en las que se concentraba su operación. Esa concentración fue analíticamente útil; también fue, en cierto modo, una abstracción.

Porque ningún objeto opera solo. Una contraseña que verifica identidad no flota: remite a un servidor que la valida, a una base de datos que la coteja, a una red que la transmite, a una empresa que la gestiona, a una corriente eléctrica que la alimenta, a un protocolo que la define y a una jurisdicción que la respalda. Una batería que promete autonomía no es autónoma: remite a una red eléctrica para recargarse, a minas de litio y cobalto, a fábricas distantes, a rutas de transporte, a regulaciones aduaneras. Un baño que organiza la intimidad doméstica no es solo un cuarto: depende de una red de tuberías, una bomba de presión, un sistema de drenaje, una planta de tratamiento, un cuerpo técnico que la mantiene. Un supermercado que parece un espacio de elección no es un punto aislado: depende de puertos, contenedores, almacenes, camiones, cadenas de frío, sistemas de pago, trabajadores nocturnos que reponen anaqueles. Un archivo digital que conserva memoria personal no está en una nube etérea: está en un centro de datos refrigerado, conectado a redes de fibra, alimentado por electricidad, custodiado por empresas, ubicado en una jurisdicción.

En cada caso, lo que aparece detrás del objeto es una red. Y la red no es simplemente el complemento del objeto; es lo que lo hace operable. Sin red eléctrica, ninguna pantalla captura atención; sin red de telecomunicaciones, ninguna contraseña verifica nada; sin red hidráulica, ningún baño organiza intimidad; sin red logística, ningún supermercado distribuye consumo; sin red de servidores, ningún archivo digital recuerda nada. La operación del objeto es, en realidad, la operación de la red ejecutada a través del objeto. Lo que toca el usuario es la punta visible; el campo que sostiene esa punta es lo que llamaremos, en lo que sigue, infraestructura.

Hay, por tanto, un desplazamiento conceptual necesario. La Parte I del ensayo trabajó en la dirección objeto → operación: a partir de un objeto, se identificó la operación de realidad que ejecuta. La Parte II trabajará en la dirección infraestructura → condición de posibilidad → operación cotidiana: a partir de una infraestructura, se mostrará qué objetos, qué operaciones y qué formas de vida quedan habilitadas o inhabilitadas. No se trata de oponer dos análisis, sino de reconocerlos como dos escalas complementarias de un mismo materialismo. La cosa y la red son dos puntos de vista sobre el mismo tejido material; abordar solo uno deja al otro fuera del análisis.

Este desplazamiento no es menor. Cambia también los términos del análisis. La filosofía de los objetos cotidianos tiende a fijarse en lo que el sujeto toca y maneja; la filosofía de las infraestructuras se ocupa de aquello que el sujeto ignora, presupone y consume sin ver. Las infraestructuras son, casi por definición, lo que solo se ve cuando falla. Un servicio eléctrico ininterrumpido es invisible; un apagón lo vuelve, en cuestión de segundos, el centro de la conversación pública. Un sistema hídrico funcionando es invisible; un corte de agua reorganiza inmediatamente la vida doméstica. Una red de internet estable es invisible; una caída masiva paraliza trámites, pagos, citas y conversaciones. Las infraestructuras llaman la atención por su negativo. Su éxito consiste en pasar desapercibidas.

La pregunta política, por eso mismo, no puede limitarse a los objetos. Si el análisis se detuviera en la puerta o el ticket, dejaría fuera de su vista a quienes deciden con qué corriente se alimenta la cerradura electrónica, con qué cable se transmite la señal del torniquete, con qué servidor se cotejan los datos del pasaporte, con qué planta de tratamiento se procesan los residuos de la oficina, con qué red de carreteras llegan los insumos del comedor. Y si deja fuera a quienes deciden esas cosas, el análisis no entiende cómo se distribuye, en concreto, el poder en una economía urbana contemporánea.

La Parte II del ensayo se ocupa, por consiguiente, de un nivel material distinto: cables, tuberías, servidores, plantas, almacenes, contenedores, camiones, refrigeradores, plantas de tratamiento, redes documentales, sistemas de mantenimiento. Estas materialidades no son menos cotidianas que las analizadas hasta aquí; son cotidianas en otro sentido. Están presentes en cada momento, pero no se ven; condicionan cada operación, pero no aparecen

en ella. Son, por así decirlo, el suelo invisible sobre el que se camina con tanta confianza que se olvida que existe. El análisis que sigue no pretende sustituir la Parte I, sino prolongarla. Si el objeto es la punta visible de la operación, la infraestructura es el campo material que permite que esa punta funcione.

## **PARTE II — INFRAESTRUCTURAS INVISIBLES**

### **15. Qué es una infraestructura**

Conviene comenzar la Parte II con una definición tan austera como la del capítulo 4. Una infraestructura es un sistema material, técnico, institucional y normativo que permite repetir operaciones sociales a escala. La fórmula combina varios elementos. Es material: requiere cables, tuberías, antenas, servidores, vías, plantas, almacenes, refrigeradores, archivos físicos o digitales. Es técnica: opera según principios definidos —corrientes, presiones, frecuencias, latencias, capacidades, protocolos—. Es institucional: depende de organizaciones que la planifican, financian, operan, regulan, fiscalizan y, llegado el caso, cortan. Es normativa: se rige por estándares, contratos, regulaciones, tarifas, prioridades, criterios de admisión.

Una infraestructura, así entendida, presenta varios componentes recurrentes que conviene retener. Tiene un soporte físico: la materialidad concreta —metal, hormigón, fibra, silicio, agua— que sostiene la operación. Tiene un régimen de mantenimiento: la actividad cotidiana, casi siempre invisible, que la conserva en funcionamiento. Tiene protocolos: las reglas que organizan flujos, prioridades y resoluciones de conflictos. Tiene instituciones implicadas: estatales, privadas, comunitarias, mixtas. Tiene usuarios: aquellos cuya vida cotidiana depende de su funcionamiento. Tiene un costo energético: una infraestructura, por más sutil que parezca, consume energía para mantenerse. Tiene un territorio: ocupa espacio, atraviesa jurisdicciones, depende de geografías. Tiene vulnerabilidades: puntos de falla previsibles e imprevisibles. Y tiene una posibilidad de fallo que, como en el caso del objeto operador, no es accidental sino estructural.

La distinción entre objeto e infraestructura no es solo de escala; es de modo de existencia social. El objeto se usa; la infraestructura sostiene usos. El objeto aparece; la

infraestructura tiende a ocultarse. El objeto falla localmente; la infraestructura puede fallar sistémicamente. El objeto se reemplaza con relativa facilidad; la infraestructura condiciona un campo entero de operaciones, y su reemplazo o transformación exige inversiones, plazos y decisiones políticas de envergadura distinta. Una contraseña olvidada se recupera en minutos; una caída general del sistema de autenticación de un país no se resuelve en minutos.

La tesis, en consecuencia, no es que «la infraestructura es una cosa grande». Es algo más preciso: una infraestructura es una red estabilizada de condiciones materiales que permite a las operaciones de realidad ejecutarse repetidamente. Sin estabilización, la red es solo una conexión accidental; sin condiciones materiales, la red es un mero acuerdo abstracto; sin operaciones repetibles, la red es un montaje sin efecto. La estabilización es el corazón de la noción. Una infraestructura, propiamente hablando, es lo que ha sido vuelto rutina material. Los capítulos siguientes recorrerán infraestructuras concretas. La selección no es exhaustiva: deja fuera, deliberadamente, algunas igualmente decisivas. La elección privilegia infraestructuras cuya invisibilidad cotidiana es particularmente alta y cuya falla, sin embargo, reorganiza visiblemente la vida común.

## **16. Mantenimiento: la operación invisible de la continuidad**

Hay una operación de realidad que ningún capítulo anterior ha tematizado y sin la cual ninguna infraestructura existe: mantener. Mantener no es una idea abstracta; es un trabajo concreto, repetido, frecuentemente nocturno y casi siempre subvalorado. Es el técnico que repara una línea eléctrica caída en plena tormenta; es el fontanero que destapa un drenaje atascado en un edificio público; es el equipo de limpieza que retira la basura antes de que la oficina abra; es el conductor que entrega los insumos médicos al hospital en la madrugada; es el operario de un centro de datos que cambia un disco fallido sin que ninguna aplicación se detenga; es la cuadrilla de carretera que repara un bache antes de que cause un accidente; es la persona que repone los anaqueles del supermercado entre la una y las cinco de la madrugada; es la enfermera no titulada que cambia sábanas, ordena historiales, traslada pacientes; es el administrador de red que aplica un parche de seguridad mientras todos duermen.

La modernidad ha producido una palabra extraordinariamente eficaz para invisibilizar este trabajo: «normalidad». La normalidad, leída sin sentimentalismo, es el efecto del mantenimiento continuo. Cuando todo funciona, no es porque las infraestructuras sean «sólidas» en abstracto: es porque alguien las está cuidando ahora mismo. Cuando algo falla, no es porque «pase algo»: es porque el mantenimiento se interrumpió, se retrasó, se externalizó, se precarizó o, simplemente, no se hizo. La filosofía contemporánea, en sus mejores expresiones, ha empezado a girar hacia el mantenimiento como categoría central. Steven Jackson ha defendido un giro hacia la reparación que invierta el privilegio teórico que la modernidad ha concedido a la innovación. Shannon Mattern ha mostrado que el cuidado de las infraestructuras —su mantenimiento, su reparación, su limpieza, su atención— es la operación verdaderamente subestimada de la vida moderna. La consecuencia es analítica: una sociedad que no atiende a quien la mantiene no entiende cómo se sostiene.

El mantenimiento tiene una distribución social muy precisa. Suele recaer sobre trabajos racializados, feminizados, migrantes, mal remunerados, contratados de forma precaria o subcontratada. La invisibilidad del mantenimiento no es solo el efecto de su eficacia; es también el efecto de su lugar en una jerarquía laboral que prefiere no mirarlo. Cuando se elogia el «milagro» de una ciudad limpia, una red eléctrica estable o una plataforma siempre disponible, suele callarse el trabajo concreto que lo hace posible. Y cuando ese trabajo se interrumpe —porque hay huelga, porque hay recortes, porque hay desastres—, la jerarquía se invierte por un instante: lo que parecía marginal aparece como condición.

La pregunta política no es retórica: ¿quién mantiene lo que todos damos por supuesto? La respuesta varía por país, sector y época. Lo invariable es que esa pregunta rara vez se hace antes del colapso. Reconocer al mantenimiento como operación de realidad fundamental, equiparable a las operaciones de acceso o registro analizadas en la Parte I, es un acto de justicia analítica que precede a cualquier acto de justicia política.

## **17. Electricidad: la soberanía del enchufe**

La red eléctrica es la madre de casi todas las infraestructuras contemporáneas. Sin electricidad estable, la mayoría de los servicios urbanos colapsa en horas. Los hospitales

conmutan a generadores, pero el combustible se agota. Los semáforos se apagan, y el tráfico se vuelve caótico. Los refrigeradores domésticos y comerciales pierden temperatura, comprometiendo la cadena de frío. Los routers y antenas dejan de operar, y con ellos las comunicaciones civiles. Los cajeros automáticos se silencian, los pagos electrónicos se interrumpen, las escuelas digitales suspenden clases, los sistemas de seguridad pierden cobertura. El transporte eléctrico se detiene. Los elevadores quedan congelados, atrapando personas. Lo que en condiciones normales se llama vida cotidiana es, vista por el negativo del apagón, una red de dependencias energéticas distribuidas en miles de aparatos pequeños.

La frase «autonomía digital» revela, al confrontarse con la red eléctrica, su carácter doblemente engañoso. Por un lado, no hay autonomía: cada dispositivo necesita ser alimentado. Por otro, no es digital sin más: la transmisión, el almacenamiento y el procesamiento de información dependen, en última instancia, de corrientes físicas. La autonomía digital dura lo que dura la carga. Pasado ese umbral, la dependencia se vuelve visible.

La producción eléctrica es, además, geopolíticamente densa. Una matriz energética está compuesta por mezclas variables —gas, carbón, hidroelectricidad, nuclear, eólica, solar— cuya disponibilidad y costo dependen de yacimientos, contratos internacionales, regulaciones ambientales, decisiones presupuestales y tensiones diplomáticas. Cambiar la matriz no es solo una elección «verde»; es una operación de reorientación industrial, fiscal y territorial. Las críticas a la transición energética que no atienden a esta densidad terminan, en el mejor de los casos, en consignas y, en el peor, en políticas que producen su contrario.

La soberanía del enchufe, así llamada por su modestia material, esconde decisiones de envergadura. Quien decide qué se prioriza en un apagón —hospitales, semáforos, refrigeradores domésticos, centros de datos— decide, en efecto, qué vidas funcionan primero. Las jerarquías de la modernidad son también jerarquías de prioridad eléctrica. La electricidad convierte la vida cotidiana en una cadena de dependencias energéticas que solo se percibe cuando se interrumpe.

## **18. Agua, drenaje y saneamiento: la civilización por tubería**

Una de las grandes invenciones civilizatorias modernas pasa por las tuberías. La ciudad moderna no solo se levanta hacia arriba; se sostiene por una red descendente de cañerías, registros, válvulas, plantas, bombas y drenajes. El agua llega a una casa con presión calculada; sale, después de haber sido usada, hacia una red que la conduce a una planta de tratamiento; la planta de tratamiento la procesa de modo que su retorno al ciclo natural no contamine ríos, mares o pozos. Cada uno de estos pasos depende de regulaciones, financiamiento, mantenimiento y energía.

Conviene distinguir, sin perderse en sutilezas, varias formas en que el agua aparece. Como elemento natural, está disponible en la lluvia, los ríos, los manantiales, los acuíferos. Como infraestructura, está canalizada, presurizada, tratada, distribuida. Como derecho, es una garantía mínima de la vida humana, reconocida por organismos internacionales. Como mercancía, es vendida por empresas públicas o privadas con tarifas variables. Como conflicto político, es objeto de disputas entre municipios, agricultores, industrias, megaproyectos y comunidades despojadas. Cada una de estas dimensiones tiene su lógica, y todas se entrecruzan en la canilla doméstica que se abre por la mañana. El agua administrada convierte la vida biológica en vida urbana.

La crisis hídrica contemporánea —agotamiento de acuíferos, sequías prolongadas, contaminación, conflicto por presas, escasez intermitente— no es solo un problema ambiental; es un problema infraestructural. La pregunta no es solo «¿hay agua?», sino «¿hay infraestructura para tratarla, almacenarla, distribuirla, recolectar la usada y procesarla?». En muchas regiones del mundo, la respuesta es ambigua. Hay agua, pero no llega; o llega, pero contaminada; o llega solo a ciertos barrios. La desigualdad hídrica es uno de los rostros más concretos de la desigualdad infraestructural.

El drenaje, contraparte invisible del suministro, es la operación que la ciudad finge no ver. Las aguas negras, las pluviales, los residuos industriales y los desbordes climáticos pasan por redes cuya invisibilidad relativa es proporcional a su importancia. Una ciudad cuyos drenajes colapsan en cada temporal no es una ciudad pintoresca; es una ciudad

estructuralmente frágil. La civilización urbana se sostiene en dos direcciones: lo que entra por la tubería y lo que sale por el drenaje.

## **19. Telecomunicaciones: la falsa inmaterialidad de la nube**

Una de las palabras más exitosas de la última década es «nube». Sugiere distancia, ligereza, etereidad. Su éxito retórico es proporcional a su inexactitud técnica. La nube no flota: está en cables, servidores, antenas, satélites, routers, refrigeradores industriales, edificios de seguridad, contratos corporativos y jurisdicciones. Los datos que parecen viajar por el aire viajan, en realidad, por fibra óptica tendida bajo el mar, por torres de telefonía, por antenas de microondas, por sistemas redundantes que aseguran continuidad. Las telecomunicaciones contemporáneas son una de las infraestructuras más sofisticadas que la humanidad ha construido, y también una de las más invisibles.

Pensar la nube en términos materiales requiere atender a su geografía. Los cables submarinos —descritos en detalle por estudios académicos recientes— conectan continentes y, al hacerlo, definen rutas críticas que pueden ser cortadas, vigiladas, monetizadas o disputadas. La ubicación de centros de datos depende de la disponibilidad de energía barata, agua para refrigeración, estabilidad política y conectividad a redes troncales. Los protocolos que permiten la comunicación entre máquinas no son objetos físicos, pero su implementación lo es: requiere actualizaciones, mantenimiento, recursos humanos y decisiones industriales.

Estar conectado, en este sentido, no es una condición espiritual de época. Es una dependencia infraestructural. Cuando un servicio masivo cae —porque un proveedor de DNS falla, porque un cable se rompe, porque una empresa cambia su configuración—, miles de aplicaciones se vuelven inservibles. El trabajo remoto se detiene, las clases virtuales se cancelan, los pagos electrónicos se bloquean, las videollamadas se interrumpen, los trámites en línea se suspenden. La modernidad conectada se descubre, en cada caída, como una modernidad cableada.

La falsa inmaterialidad de la nube tiene un costo conceptual: hace que la crítica de la digitalización se pierda en moralismos —«vivimos demasiado en línea»— en lugar de

concentrarse en infraestructuras concretas. La pregunta filosóficamente sería no es si pasamos demasiado tiempo conectados, sino quién controla los cables, los servidores y los protocolos por los que pasan nuestras vidas digitales.

## **20. Centros de datos: memoria, calor y poder**

Si las telecomunicaciones son el sistema circulatorio de la era digital, los centros de datos son su sistema de memoria. En naves industriales, frecuentemente situadas en zonas con energía barata y clima frío, se concentran servidores que almacenan correos, fotos, videos, transacciones bancarias, expedientes médicos digitales, perfiles de redes sociales, modelos de inteligencia artificial. Cada uno de estos contenidos requiere capacidad de almacenamiento, energía constante, refrigeración intensa, mantenimiento técnico, seguridad física y digital.

El centro de datos invierte la metáfora habitual sobre la memoria. La memoria humana, según ciertas tradiciones filosóficas, sería ligera, etérea, espiritual. La memoria digital es densa, pesada, caliente. Almacenar un correo durante una década consume energía durante una década. Mantener una foto disponible en una nube ocupa espacio físico durante años. La capacidad enorme de archivo que la modernidad digital ofrece no es gratuita; tiene una huella material que rara vez se cuantifica en la experiencia del usuario.

Las preguntas relevantes, vistas desde esta materialidad, no son únicamente técnicas. ¿Quién almacena? Cada vez con mayor frecuencia, grandes plataformas corporativas. ¿Dónde se almacena? En jurisdicciones que pueden o no proteger los datos. ¿Con qué energía? Con mezclas que varían entre lo renovable y lo fósil. ¿Con qué agua? Algunos centros consumen volúmenes notables para refrigeración. ¿Quién accede? Empresas, gobiernos, fuerzas de seguridad, atacantes ocasionales. ¿Quién borra? La respuesta es opaca; los datos persisten más de lo que se piensa. ¿Quién hereda? El derecho aún se debate. ¿Quién paga el calor de la memoria? La huella climática del archivo digital es objeto de estudios crecientes.

La memoria contemporánea, vista desde aquí, tiene temperatura. Y donde hay temperatura, hay energía consumida, agua usada, infraestructuras construidas, decisiones

tomadas y, en consecuencia, política. La indiferencia hacia los centros de datos es uno de los lujos analíticos que la cultura digital se ha permitido por demasiado tiempo.

## **21. Transporte público, carreteras y puertos: circular es depender**

La movilidad no es libertad abstracta: es circulación organizada por infraestructuras. Una persona se desplaza a través de aceras, calles, metro, autobuses, ferrocarriles, autopistas, puentes, aeropuertos, puertos. Cada uno de esos elementos es un soporte técnico que requiere mantenimiento, financiamiento, regulación y mano de obra. Cuando todo funciona, la circulación parece natural; cuando algo falla —una línea de metro suspendida, una carretera bloqueada, un puerto saturado—, la naturalidad se evapora.

Conviene distinguir entre tipos de movilidad. La movilidad cotidiana —ir al trabajo, a la escuela, al supermercado— se sostiene en transporte público y vialidades urbanas. La movilidad laboral migrante depende de carreteras, fronteras, transportes interurbanos y, en algunos casos, transporte aéreo. La movilidad turística usa aeropuertos, hoteles, plataformas de reserva, redes de pago internacionales. La movilidad médica depende de ambulancias, hospitales accesibles, rutas hospitalarias, transferencias entre instituciones. La movilidad logística —de mercancías, no de personas— pasa por contenedores, puertos, ferrocarriles, camiones, almacenes. La movilidad desigual es la que se distribuye según ingreso, género, edad, discapacidad, territorio: hay quienes tardan tres horas en llegar al trabajo, hay quienes lo hacen en veinte minutos.

Quien controla rutas controla tiempos, mercancías y cuerpos. Esta afirmación no es retórica. Una huelga portuaria altera precios mundiales. Una ruta cerrada modifica el día completo de millones de personas. Una concesión de transporte mal administrada produce, año tras año, vidas con menos tiempo. La filosofía política del siglo XXI, si quiere ser concreta, debe atender al transporte no como tema secundario, sino como uno de los lugares donde se reparte materialmente el tiempo.

## **22. Logística cotidiana: el mundo en contenedores**

La sensación de abundancia que produce un supermercado promedio no es un estado natural; es un efecto logístico. Detrás de cada anaquel hay puertos donde llegaron contenedores, almacenes donde se descargaron, centros de distribución donde se separaron, camiones que los repartieron, trabajadores que los repusieron durante la noche. Detrás de cada paquete entregado por una plataforma de comercio electrónico hay fábricas remotas, rutas de transporte marítimo, hubs aéreos, centros de clasificación, repartidores en bicicleta o motocicleta, sistemas de seguimiento que se actualizan minuto a minuto. La globalización contemporánea es, sobre todo, una gramática logística.

Deborah Cowen ha analizado con detalle cómo la logística moderna —heredera de la logística militar— ha construido un mundo en el que la fluidez de mercancías se ha convertido en un imperativo organizador. Las cadenas de suministro internacionales, sostenidas por puertos, contenedores, sistemas de información y trabajadores subcontratados, son uno de los soportes invisibles del consumo diario. Cuando una cadena se interrumpe —pandemia, conflicto bélico, bloqueo portuario, ataque cibernético—, el efecto sobre la disponibilidad de bienes es inmediato. Los estantes vacíos no son metáfora; son la traducción visible de una interrupción material aguas arriba.

La paquetería urbana ilustra el extremo capilar de esta gramática. La «última milla» —ese tramo final entre el centro de distribución y la puerta del comprador— ha producido un nuevo paisaje urbano: motocicletas con mochilas térmicas, bicicletas eléctricas, repartidores con turnos algorítmicamente determinados, casilleros automatizados. La promesa de entrega en horas o minutos descansa, en última instancia, sobre cuerpos humanos circulando por ciudades en condiciones laborales con frecuencia precarias. La abundancia logística tiene un costo distribuido. Quienes la disfrutan rara vez ven a quienes la sostienen.

### **23. Frío: refrigeradores, vacunas y tiempo suspendido**

Pocas operaciones modernas son tan decisivas y tan poco discutidas como la refrigeración. La cadena de frío —el conjunto de sistemas que mantienen alimentos, medicamentos, vacunas y muestras biológicas a temperaturas controladas desde la producción hasta el consumo— es una de las infraestructuras más ubicuas del mundo

contemporáneo. Un refrigerador doméstico no opera solo: depende de electricidad, de su propio mantenimiento y de un sistema más amplio de almacenamiento, transporte y distribución que asegura que los productos lleguen a la casa todavía frescos.

Refrigerar es, en términos operatorios, gobernar la descomposición. Sin frío artificial, los alimentos perecederos tienen una vida útil corta y geográficamente acotada; con frío artificial, se vuelven transportables, almacenables y comercializables a escalas inéditas. Las vacunas, los hemoderivados, ciertos medicamentos y muchas pruebas diagnósticas exigen cadenas de frío estrictas: una interrupción puede arruinar lotes completos. La salud pública moderna descansa, silenciosamente, en termostatos.

Cuando un corte eléctrico prolongado interrumpe la cadena de frío, las consecuencias son tangibles. Supermercados pierden mercancía por valor de millones. Hospitales y centros de salud comprometen tratamientos. Familias deben tirar comida. El frío, en su negativo, revela su densidad civilizatoria. No es exagerado decir que la caducidad, antes que un atributo natural, es una variable administrada por infraestructuras de refrigeración.

El cambio climático añade urgencia. Las olas de calor exigen más refrigeración; más refrigeración consume más energía; más energía produce más emisiones; más emisiones intensifican el calor. La cadena de frío entra, así, en una espiral cuya gestión es uno de los retos materiales del siglo. Discutirla en términos solo morales o solo técnicos pierde de vista lo esencial: es una operación infraestructural cuya estabilidad sostiene la vida contemporánea tal como se conoce.

## **24. Basura, drenaje y residuos: el negativo de la civilización**

Una civilización se entiende por lo que produce, pero también por lo que no sabe absorber. La basura urbana, las aguas negras, los desechos médicos, los residuos electrónicos, los archivos digitales muertos, los correos no leídos, los datos que ya nadie consulta: todo ello compone el negativo material de la modernidad. No hay vida cotidiana sin residuo, y la forma en que ese residuo es procesado, transportado, almacenado y, eventualmente, abandonado, dice tanto sobre una sociedad como sus monumentos.

La basura es la autobiografía material de una sociedad. Lo que se descarta refleja patrones de consumo, regulaciones, capacidades técnicas y prioridades políticas. Los rellenos sanitarios crecen al ritmo del consumo; las plantas de tratamiento se saturan al ritmo del crecimiento urbano; los residuos electrónicos —celulares, baterías, computadores— migran, con frecuencia, hacia regiones del Sur Global donde son desarmados en condiciones precarias. La promesa de reciclaje, sin negar sus avances, esconde a menudo flujos de desplazamiento de residuos en lugar de su procesamiento real.

Myra Hird ha mostrado, en estudios recientes sobre residuos, cómo lo que llamamos «basura» rara vez desaparece; se transforma, se reubica, se filtra a aguas subterráneas, se queda durante siglos en suelos. El concepto de residuo, leído en serio, obliga a abandonar la fantasía de un afuera al que se enviarían los desechos. No hay afuera: hay otras geografías y otros cuerpos que reciben lo que las metrópolis no quieren ver.

En su variante digital, la cuestión adquiere formas nuevas. Los archivos muertos, los correos no leídos, los datos de cuentas abandonadas, los respaldos redundantes consumen capacidad de almacenamiento y energía en centros de datos. La promesa de «conservación infinita» del archivo digital, examinada desde aquí, revela su lado oculto: la conservación tiene un costo. Decidir qué se conserva y qué se descarta —el clásico problema del archivo discutido en la Parte I— se vuelve, en esta escala, un problema infraestructural.

## **25. Cuerpos administrados: infraestructura médica, escolar, laboral y carcelaria**

El cuerpo moderno no es solo biología; es biología configurada por infraestructuras. Hospitales, escuelas, oficinas, prisiones, asilos, centros de rehabilitación, sistemas de transporte público, edificios con o sin accesibilidad: cada una de estas configuraciones materiales produce tipos específicos de cuerpos. Una cama hospitalaria, un aula con sus sillas alineadas, un escritorio con su monitor, un torniquete de acceso, una rampa o su ausencia: estos elementos no se limitan a recibir cuerpos; los disponen, los entrenan, los clasifican, los incluyen o los excluyen.

Conviene distinguir, sin caer en taxonomías, varios modos en que las infraestructuras tratan al cuerpo. El cuerpo cuidado es el que reciben hospitales bien dotados, escuelas con servicios, asilos con personal suficiente. El cuerpo disciplinado es el que reciben aulas, oficinas y prisiones diseñadas para producir comportamientos previsibles. El cuerpo registrado es el que documentan expedientes médicos, escolares, laborales y judiciales. El cuerpo excluido es el que encuentra puertas demasiado angostas, rampas inexistentes, baños inaccesibles, transportes que no se detienen donde vive. El cuerpo transportado es el que se mueve en autobuses, ambulancias, metros, taxis. El cuerpo esperado es el que pasa horas en salas de espera, en filas, en tiempos administrados por otros.

Una sociedad muestra su idea real del cuerpo en sus infraestructuras, no en sus discursos. Las declaraciones de derechos importan; pero importan más, en términos operatorios, las rampas, las camillas, las cunas hospitalarias, las sillas de ruedas, las puertas anchas, los elevadores funcionales. Lo que una ciudad construye —y lo que olvida construir— para los cuerpos diversos que la habitan es la traducción material de su política del cuerpo.

## **26. Pantallas y perfiles: identidad sobre infraestructura**

La pantalla fue analizada en la Parte I como dispositivo de captura de atención. Visto desde la Parte II, el análisis se desplaza: lo que importa aquí no es la pantalla en sí, sino el perfil digital que ella expone. Un perfil no es una representación del sujeto; es una interfaz infraestructural que conecta al sujeto con una base de datos, una plataforma, un sistema de recomendación, un mecanismo de autenticación y, eventualmente, un sistema de exclusión.

Cada cuenta en una plataforma —correo, red social, banco, comercio, servicio gubernamental— produce un perfil. El perfil acumula historial: clicks, compras, gustos, conversaciones, ubicaciones, contactos. Ese historial alimenta sistemas de recomendación que deciden qué se muestra al usuario, sistemas de evaluación crediticia que deciden qué se le ofrece, sistemas de moderación que deciden qué se le permite, sistemas de seguridad que deciden si su acceso es legítimo. El sujeto digital no preexiste a su perfil; se constituye en él. Y cuando el perfil se pierde —por baneo, hackeo, error administrativo—, la pérdida no es solo de datos: es de operatividad social en redes específicas.

La infraestructura que sostiene al perfil es densa. Servidores que lo almacenan, bases de datos que lo consultan, protocolos que lo verifican, centros de datos que lo respaldan, equipos legales que lo defienden, plataformas que lo controlan. El usuario suele desconocer casi todo de esa cadena. Solo la vislumbra cuando algo falla: cuando una cuenta es suspendida sin explicación clara, cuando una recuperación es imposible, cuando una autenticación de dos factores no funciona porque el número telefónico ha cambiado. La fragilidad del perfil revela, otra vez, la operación de la infraestructura.

La pregunta filosófica que se sigue de aquí no es si vivimos demasiado en pantallas. Es de qué tipo es la identidad cuya condición de posibilidad es una base de datos administrada por terceros.

## **27. Documentos de existencia: ciudadanía como inscripción**

En la modernidad, existir políticamente exige inscripción documental. No basta haber nacido: hay que haber sido registrado. No basta vivir: hay que constar. Las personas sin papeles —los indocumentados— no son, en sentido estricto, personas sin existencia; son personas cuya existencia no consta para los sistemas que importan: el Estado, el banco, la escuela, el hospital, el empleador formal. El régimen documental moderno produce, así, una distinción operatoria entre la vida vivida y la vida reconocida.

Esta inscripción material requiere infraestructura. El acta de nacimiento ya no es solo un papel; está respaldada por una base de datos. La credencial de identidad incluye chip, datos biométricos, registros centralizados. El expediente médico está distribuido entre clínicas, aseguradoras, sistemas regulatorios. El certificado de defunción se integra a sistemas estadísticos que afectan políticas públicas. La interoperabilidad entre estos sistemas —cuándo una base de datos consulta a otra, qué se comparte, qué queda en silos— constituye una infraestructura documental cuya complejidad casi nadie ve.

Quien queda fuera de esta infraestructura queda, en términos operatorios, fuera de la ciudadanía. La indocumentación no es una marginalidad simbólica; es una marginalidad infraestructural. Las luchas por regularización, por reconocimiento, por reparación documental, son luchas por entrar a una red que distribuye derechos. Las víctimas de

desplazamiento, los apátridas, los niños no registrados, las personas trans cuyos documentos no coinciden con su identidad vivida: cada uno de estos casos confronta una infraestructura documental que admite, deniega o distorsiona reconocimiento.

La filosofía política, vista desde aquí, tiene una tarea concreta: examinar cómo se diseñan, mantienen y reforman las redes documentales que producen ciudadanos. No basta vivir; hay que constar.

## **28. La falla como método: apagón, corte, caída, atasco, escasez**

La Parte II del ensayo encuentra en la falla su categoría más fértil. Las infraestructuras son, como se ha dicho, normalmente invisibles. Solo se ven cuando dejan de funcionar. Un apagón muestra la red eléctrica. Un corte de agua muestra la red hidráulica. Una caída masiva de internet muestra la red de telecomunicaciones. Un colapso de transporte muestra la red vial y los sistemas logísticos. Un desabasto de medicinas muestra la cadena farmacéutica. Una huelga portuaria muestra la cadena de suministro. Un hospital saturado muestra la infraestructura sanitaria. Un servidor caído muestra los centros de datos. Una acumulación de basura muestra el sistema de residuos. Un sistema bancario inoperante muestra la infraestructura financiera. Una cadena de frío rota muestra la red de refrigeración. Un drenaje colapsado muestra la red de saneamiento.

Conviene distinguir entre tipos de falla. La falla local afecta un punto específico —una calle inundada, un edificio sin luz—. La falla sistémica afecta a una red entera —una ciudad sin agua, un país sin transacciones bancarias—. La falla técnica resulta de un componente defectuoso o un protocolo mal aplicado. La falla política resulta de decisiones que precarizan mantenimiento, recortan inversión, externalizan operaciones. La falla por abandono es la que afecta zonas que el sistema considera periféricas; se llega tarde, se repara mal, se vuelve normal. La falla por desigualdad es la que afecta primero a quienes menos recursos tienen para amortiguarla. La falla por saturación ocurre cuando la demanda excede capacidad —hospitales en pandemia, drenajes en lluvias extremas, redes en eventos masivos—. La falla por dependencia excesiva es la que se produce cuando un componente único —un servicio de DNS, un proveedor único de energía— cae y arrastra todo lo que de él dependía.

Una infraestructura se conoce mejor en su interrupción que en su promesa. Esta afirmación tiene un alcance metodológico. Estudiar fallas, registrar episodios de colapso, comparar capacidades de respuesta, evaluar tiempos de reparación, identificar quiénes pagan los costos de la falla: todo eso es más informativo, para una filosofía materialista, que escuchar los discursos institucionales sobre la solidez de los sistemas. La falla es la radiografía de la normalidad; la falla es también el laboratorio de la crítica infraestructural.

## **29. Desigualdad infraestructural**

La desigualdad moderna no es solo un asunto de ingreso. Es, también, un asunto de acceso diferencial a redes de soporte. Dos personas con el mismo ingreso pero ubicadas en infraestructuras distintas tienen, en la práctica, vidas distintas. Una vive en una zona con agua potable estable, internet rápido, transporte cercano, hospital accesible, energía continua y recolección de residuos eficiente. La otra vive en una zona con cortes recurrentes de agua, conexión intermitente, transporte lejano e insuficiente, hospital saturado, energía inestable y acumulación de basura. La diferencia es infraestructural antes que económica, aunque se entrelace con la economía.

Preguntar por la desigualdad en términos infraestructurales obliga a formular cuestiones concretas. ¿Quién tiene agua constante? ¿Quién tiene transporte digno? ¿Quién vive cerca de hospitales? ¿Quién tiene internet estable? ¿Quién respira cerca de basureros, parques industriales, vías de alta circulación? ¿Quién espera más tiempo para que llegue una ambulancia, una reparación eléctrica, una conexión a internet? ¿Quién paga más, en términos relativos, por un servicio peor? ¿Quién vive donde el sistema falla primero y se repara al último? ¿Quién queda fuera cuando todo se digitaliza?

Las respuestas a estas preguntas configuran lo que podría llamarse una ciudadanía infraestructural diferenciada. Algunas personas son ciudadanas con todos los privilegios infraestructurales; otras lo son con la mitad; otras lo son apenas. Y esta diferenciación se intersecta con clase, territorio, discapacidad, edad, migración, ruralidad, vivienda, salud y educación. Una infraestructura, vista así, no es solo un sistema técnico: es un sistema clasificador que reparte vidas en zonas con distintas posibilidades materiales.

La crítica de la desigualdad infraestructural no se hace, por eso, en abstracto. Se hace en mapas: quién está cerca y quién está lejos de las redes que cuentan. Y se hace en tiempos: cuánto tarda en llegar el servicio, cuánto tarda en repararse cuando se rompe, cuánto se espera en cada ventanilla. La infraestructura también clasifica.

### **30. Soberanía material: quién controla los soportes**

La soberanía moderna no se juega solo en leyes, fronteras o ejércitos. Se juega, cada vez más, en el control de energía, agua, datos, rutas, puertos, servidores, chips, plataformas y mantenimiento. Quien controla una infraestructura, controla el campo de posibilidades de quienes dependen de ella. Apagar una red eléctrica, bloquear un cable submarino, congelar un sistema de pago, cerrar un puerto, expulsar a una plataforma, restringir el acceso a semiconductores: cada una de estas operaciones es un acto soberano de la era infraestructural.

Las disputas geopolíticas contemporáneas, vistas desde esta clave, dejan de ser solo conflictos entre Estados con territorios definidos para convertirse, además, en conflictos por el control de soportes materiales. Quien controla los semiconductores controla la capacidad de cómputo del mundo. Quien controla las grandes plataformas digitales controla la circulación de información, comercio y reputación a escalas que ningún Estado nacional alcanza por sí solo. Quien controla los cables submarinos controla flujos de datos y, con ellos, mucho más. Quien controla las cadenas de suministro de medicamentos y alimentos controla, en momentos críticos, la salud de poblaciones enteras.

La pregunta política se reformula: ¿quién puede apagar?, ¿quién puede bloquear?, ¿quién puede almacenar?, ¿quién puede transportar?, ¿quién puede reparar?, ¿quién puede excluir? Las respuestas son técnicas, pero sus consecuencias son políticas. Una doctrina de soberanía que no atienda a estas preguntas se queda, en términos contemporáneos, en el siglo XIX.

Hablar de soberanía material no implica idealizar la autarquía. Las interdependencias son inevitables y, en muchos casos, deseables. Implica, en cambio, exigir que se discutan abiertamente las dependencias críticas: cuáles son aceptables, cuáles son riesgosas, cuáles

son intolerables. La política seria del siglo XXI requiere mapas infraestructurales tan detallados como sus tradicionales mapas territoriales.

### **31. Objeción fuerte: ¿no es esto determinismo objetual e infraestructural?**

Una vez integradas las dos partes del ensayo, la objeción más exigente que puede formularse es la siguiente: «Este enfoque parece reducir la vida social a objetos, tuberías, cables, redes y logística. Las infraestructuras y los objetos importan, pero no explican cultura, deseo, política, religión, imaginación, conflicto simbólico ni decisión humana. Lo que aquí se ofrece no es una filosofía: es una versión sofisticada de determinismo material». La objeción merece ser tomada en serio. No es una caricatura; es un reflejo legítimo frente a un análisis que insiste en la materialidad.

Conviene responder con claridad. El ensayo no afirma que los objetos o las infraestructuras expliquen todo. Afirma algo más limitado y, por eso mismo, más defendible: que sin objetos y sin infraestructuras, muchas operaciones sociales no pueden repetirse ni sostenerse a la escala en que la modernidad las requiere. La cultura, la política, la religión y el deseo no flotan en un éter inmaterial; circulan por soportes concretos. Las creencias religiosas se transmiten en libros, audios, transmisiones, peregrinaciones, edificios. Las decisiones políticas se traducen en formularios, sellos, expedientes, archivos. Los deseos contemporáneos se canalizan por pantallas, aplicaciones, perfiles, recomendaciones. Ignorar este soporte material no protege la dignidad humana; la deja desprotegida frente a quienes sí entienden el soporte y lo aprovechan.

Hay, además, un matiz importante. El análisis material no determina mecánicamente la vida social, pero configura sus márgenes de posibilidad. Una persona sin acceso confiable a electricidad puede llevar una vida intelectual o espiritual rica; pero no puede, en igualdad con quien sí lo tiene, participar de ciertas operaciones modernas. El reconocimiento de esos márgenes no anula la libertad humana; la sitúa. Una versión más sutil de la objeción podría sostener que, al insistir en objetos e infraestructuras, el ensayo deja en sombra las luchas históricas que transformaron y pueden transformar esas mismas infraestructuras. La objeción es justa y obliga a precisar. Las infraestructuras no son fatales: fueron construidas,

han sido modificadas, pueden ser transformadas. Reconocerlas como condiciones de la vida moderna no implica naturalizarlas; implica, al contrario, hacerlas objeto de discusión política.

Hay también una formulación más antigua de la objeción, dirigida específicamente a la Parte I, que conviene retomar aquí: «Una puerta es una puerta. Una silla es una silla. Un ticket es un ticket. Ver poder y operación en todas partes es paranoia académica.» La objeción no es trivial. Conviene tomarla en serio, no para neutralizarla retóricamente, sino para precisar el alcance de la tesis.

Hay, en efecto, una mala filosofía de los objetos. Es aquella que convierte cualquier cosa en símbolo profundo, que ve metafísica en cada cuchara y poder oculto en cada tornillo. Esa filosofía produce textos donde todo significa más de lo que muestra y donde el lector queda confundido entre interpretación y constatación. La objeción tiene razón contra esa filosofía. Si todo es poder, si toda materialidad es dispositivo, si toda operación es disciplina, el análisis pierde nitidez y se vuelve un discurso autoconfirmante.

Pero el ensayo no afirma que todo objeto tenga profundidad por ser objeto. Afirma algo más preciso y, por eso mismo, más defendible: ciertos objetos cotidianos ejecutan operaciones sociales verificables. La verificación no se produce por intuición filosófica, sino por observación material. Una puerta permite o impide acceso; un formulario clasifica; una contraseña autentica; una fila ordena; una calificación jerarquiza; un pasaporte habilita o bloquea movilidad; un cargador completa o no completa una operación energética. No son metáforas. Son operaciones constatables, repetibles, descriptibles, y, en muchos casos, medibles.

La objeción suele apoyarse en una intuición de fondo: la mayor parte de los objetos cotidianos son, en efecto, neutros la mayor parte del tiempo. Una taza sostiene café; un zapato cubre un pie; una libreta acepta apuntes. Esos objetos son operadores menores cuyos efectos son acotados. Nadie sostiene que toda la vida material sea un sistema de dispositivos de poder. Lo que se sostiene es algo más limitado: existe un subconjunto de objetos cotidianos cuya función primaria es ejecutar operaciones de acceso, identificación, clasificación, administración temporal, captura atencional, registro, movilidad o memoria; y

ese subconjunto es lo bastante extenso y lo bastante decisivo como para merecer un análisis filosófico cuidadoso.

Hay también un argumento de la cotidianidad invocado contra el análisis: si los objetos operaran como aquí se sostiene, los usuarios lo notarían. Y no lo notan. Llevan vidas razonables, abren puertas, llenan formularios, hacen filas, usan pasaportes, sin sentirse oprimidos por esa red. La respuesta es directa: la operatividad de los objetos no requiere ser percibida para producirse. De hecho, su eficacia depende en buena medida de pasar inadvertida. La puerta opera mejor cuando se atraviesa sin pensarla; el formulario opera mejor cuando se llena sin discutirlo; la fila opera mejor cuando se asume como obvia. La invisibilidad no es prueba de inexistencia; es, muchas veces, indicio de éxito operatorio.

Cabe, además, una respuesta que matiza la objeción sin descartarla. Quien la formula no se equivoca por pensar que los objetos son, en muchos contextos, útiles modestos. Se equivoca, si lo hace, al concluir de allí que no son nunca otra cosa. La misma puerta que cotidianamente se cruza sin obstáculo puede convertirse, en otro momento, en frontera infranqueable: cuando se cierra con llave, cuando exige una contraseña, cuando reclama un pasaporte. La operación está latente; se manifiesta cuando se activa. El error no consiste en notar que muchos objetos parecen banales; consiste en no advertir que esa banalidad es condicional.

La objeción puede tomar también una forma política: «este análisis pinta un mundo de pequeños controles que aleja la mirada de las verdaderas estructuras de poder». Esta versión merece consideración. Si el examen de los objetos cotidianos sustituyera el análisis de las estructuras económicas, jurídicas y políticas, sería, en efecto, un desvío. Pero el ensayo no sustituye un nivel por otro. Propone, en cambio, que el análisis estructural sea complementado por un análisis operatorio. La explotación laboral no se explica solo por las relaciones de producción abstractas; también se ejecuta en relojes de fichaje, en cámaras de vigilancia, en plataformas de productividad, en pantallas de evaluación. La marginación migratoria no se explica solo por geopolíticas; también se ejecuta en pasaportes, sellos, visados, aeropuertos. El nivel macro y el nivel material no son alternativos: son complementarios.

Hay, por último, un argumento moral implícito en la objeción: filosofar sobre objetos mínimos sería trivializar la filosofía. La acusación pesa solo si se acepta una jerarquía implícita entre objetos «grandes» dignos de filosofía y objetos «pequeños» indignos de ella. Esa jerarquía no se sostiene. Hannah Arendt mostró que el mundo común se constituye, en buena medida, en los objetos durables que los humanos producen, y que la pérdida de ese mundo es uno de los riesgos más serios de la modernidad. Henri Lefebvre, por su parte, sostuvo que la vida cotidiana es el lugar donde se decide la dignidad o la indignidad de una sociedad. Si esos autores tienen razón, filosofar sobre lo cotidiano no es trivializar la filosofía: es devolverle un terreno del que muchas veces se aleja.

El punto del ensayo no es poetizar lo cotidiano. Es dejar de subestimarlo. La objeción, bien entendida, no refuta esta tesis; la ayuda a precisarla. No todo objeto opera políticamente; sí muchos. No toda materialidad es dispositivo; sí muchas. No todo pasaje cotidiano oculta una operación; sí muchos pasajes ocultan operaciones que, examinadas, resultan decisivas. La filosofía consiste, también, en aprender a distinguir entre los casos.

## **32. Conclusión: la modernidad no flota**

Al final del recorrido, dos hipótesis se han venido sosteniendo conjuntamente. La primera, desarrollada en la Parte I, sostiene que los objetos cotidianos gobiernan porque ejecutan, en la superficie visible de la vida moderna, operaciones de realidad: distribuyen acceso, identifican sujetos, clasifican poblaciones, administran tiempos, capturan atención, organizan cuerpos, regulan movilidad, conservan o descartan memoria. La segunda, desarrollada en la Parte II, sostiene que esas operaciones no se sostendrían sin infraestructuras invisibles: redes eléctricas, hídricas, de telecomunicaciones, de transporte, de logística, de refrigeración, de saneamiento, de centros de datos, de documentos, de mantenimiento. La primera hipótesis sin la segunda corre el riesgo de convertirse en una etnografía de cosas; la segunda sin la primera corre el riesgo de volverse un mapa técnico desligado de la experiencia.

Las dos juntas componen lo que cabe llamar una filosofía materialista de la vida cotidiana en el siglo XXI. Su afirmación central puede enunciarse así: la realidad moderna no flota. Está cableada, bombeada, transportada, refrigerada, archivada, energizada y

mantenida. No vive en abstracciones: vive en objetos y redes. Y esos objetos y redes no son neutros: distribuyen acceso, identidad, tiempo, movilidad, atención, memoria y cuidado de manera profundamente desigual.

La modernidad que se imagina cada vez más inmaterial es, en términos materiales, más densa que nunca. Cada minuto de pantalla cuesta energía, datos transmitidos, servidores activos, refrigeración, mantenimiento. Cada compra electrónica moviliza camiones, almacenes, repartidores, embalajes, residuos. Cada autenticación de identidad pone en marcha redes documentales, biométricas, fiscales. La supuesta levedad digital es el efecto óptico de una infraestructura que se ha vuelto, hasta nuevo aviso, casi perfecta en su invisibilidad cotidiana.

Reconocer esta materialidad no es resignarse a ella. Es, al contrario, devolverle agencia a la crítica. Si los objetos pueden ser regulados, si las infraestructuras pueden ser reformadas, si el mantenimiento puede ser dignificado, si el control de los soportes puede ser disputado, entonces la política contemporánea tiene en este nivel uno de sus terrenos más decisivos. Las luchas por agua potable, por energía justa, por transporte público digno, por datos no privatizados, por archivos abiertos, por mantenimiento bien remunerado, por documentación accesible, son luchas materiales en el sentido más exacto de la palabra. No son luchas «menores» que distraen de luchas «mayores»; son la forma concreta que las grandes luchas asumen en la era infraestructural.

Al final del recorrido, conviene también volver a la tesis inicial y reforzarla. Los objetos cotidianos no son utensilios pasivos ni meros símbolos culturales: son operadores materiales que ejecutan funciones centrales de la vida moderna. Distribuyen acceso, identifican sujetos, clasifican poblaciones, administran tiempos, capturan atención, organizan cuerpos, regulan movilidad, conservan o descartan memoria. Y lo hacen, por lo general, sin pedir interpretación. Funcionan, y al funcionar gobiernan.

Una forma más exigente de enunciar la tesis es la siguiente: la realidad moderna no necesita esconderse para gobernar; le basta con funcionar. Esta formulación contrasta con una larga tradición que ha imaginado el poder como algo oculto, oscuro, secreto. Hay, sin duda, formas de poder secreto: intrigas, conspiraciones, acuerdos privados, decisiones

tomadas a puerta cerrada. Pero el grueso del poder cotidiano contemporáneo no se ejerce en sombras: se ejerce a plena luz, en objetos que cualquiera puede ver y tocar. Su éxito no consiste en estar oculto, sino en parecer obvio. La obviedad es su mejor escudo.

Lo cotidiano, vista desde aquí, no es lo trivial. Es lo repetido hasta volverse invisible. La repetición convierte una operación que en su origen pudo haber sido extraordinaria —firmar un papel, ingresar un código, esperar un turno, atravesar una puerta— en algo rutinario. La rutina, a su vez, naturaliza la operación, la quita del foco de la conciencia. Lo que se hace todos los días no se examina todos los días. Y, sin embargo, es justamente eso —lo que se hace todos los días— lo que constituye, en buena medida, la textura de la vida moderna.

Los objetos pequeños no son, en consecuencia, accesorios de la vida social: son sus operadores principales en el plano de la rutina. Sin contraseñas, no hay identidad digital; sin formularios, no hay administración; sin filas, no hay turnos; sin tickets, no hay reconocimiento de transacciones; sin pasaportes, no hay movilidad internacional regulada; sin archivos, no hay memoria social transmisible; sin pantallas, no hay vida laboral, afectiva ni informativa contemporánea. Cada uno de estos objetos podría desaparecer mañana sin que el ser humano desaparezca; pero la vida tal como hoy se conoce no podría sostenerse sin alguna versión de ellos. Lo que el recorrido muestra, en última instancia, es que los objetos gobiernan porque estabilizan operaciones de realidad: accesos, verificaciones, registros, esperas, pagos, desplazamientos y memorias.

El ensayo tiene límites que conviene reconocer explícitamente. No agota la cuestión de la cultura material; selecciona familias de objetos, deja otras de lado. No discute en detalle las grandes infraestructuras —redes eléctricas, telecomunicaciones, transporte público, sistemas hídricos— cuya invisibilidad y operatividad merecerían un tratamiento extenso. No se ocupa de muchos objetos de la intimidad y del cuidado —pañales, jeringas, prótesis, audífonos, lentes— que también ejecutan operaciones decisivas. No aborda en profundidad la relación entre objetos cotidianos e infancia, vejez o discapacidad, cuestiones que requerirían análisis específicos. Los capítulos elegidos son ejemplares, no exhaustivos.

Hay, sin embargo, líneas de continuación claras. Una primera línea consiste en estudiar las infraestructuras invisibles: redes, tuberías, antenas, satélites, cables submarinos, centros de datos. Las infraestructuras son la prolongación a gran escala de la lógica del objeto operador. Una segunda línea consiste en analizar los cuerpos administrados: cómo dispositivos médicos, educativos, laborales y carcelarios configuran corporalidades específicas. Una tercera línea consiste en estudiar las pantallas y los perfiles digitales como dispositivos de identidad y de captura. Una cuarta consiste en pensar los documentos de existencia —certificados, partidas, expedientes, registros— como condición material de la ciudadanía. Una quinta consiste en abordar la logística de la vida cotidiana: cómo objetos, datos, transportes y rutinas se articulan para sostener formas de vida concretas. Cada una de estas líneas requeriría un libro propio.

Cabe, finalmente, una nota de cautela y otra de invitación. La cautela: este tipo de análisis no debe convertirse en sustituto de la acción política ni en coartada para la pasividad. Mostrar que los objetos gobiernan no significa que el gobierno sea fatal. Los objetos pueden ser modificados, reemplazados, regulados, complementados o resistidos. La invisibilidad operatoria no es destino; es resultado de procesos históricos que pueden ser examinados y transformados. La invitación: examinar lo cotidiano no para resignarse a su peso, sino para identificar con precisión los puntos en los que la vida común se hace o se deshace. Las luchas más importantes del siglo que comienza pueden no parecerse a las luchas heroicas que el siglo XX imaginó. Pueden ocurrir, calladamente, en torno a contraseñas, formularios, filas, pantallas, baterías, pasaportes y archivos.

La filosofía, si quiere ser útil sin dejar de ser rigurosa, no puede permitirse desdeñar este terreno. Su tarea, hoy más que nunca, incluye describir con precisión cómo se ejecuta, en concreto, la vida moderna: en qué objetos, en qué operaciones, en qué relaciones materiales se sostiene lo que llamamos sociedad. Las cosas pequeñas nos gobiernan porque ya no parecen gobierno. Reconocer ese hecho es el primer paso, no para añorar un mundo sin objetos, sino para imaginar formas de vida en común en las que los objetos vuelvan a ser objeto de discusión y, eventualmente, de decisión colectiva.

Lo cotidiano, repetido hasta volverse invisible, vuelve a ser visible cuando se examina con cuidado. Y lo invisible no es lo inexistente: es lo que funciona demasiado bien para ser visto. La modernidad no está en la nube. Está en la contraseña y en el servidor, en la pantalla y en el cable, en la batería y en la red eléctrica, en el baño y en el drenaje, en el supermercado y en el puerto, en el archivo y en el centro de datos, en el objeto que tocamos y en la mano que mantiene todo eso funcionando.

Atelier Velázquez

## **Bibliografía**

Las referencias siguientes corresponden a obras verificables en catálogos editoriales reconocidos. Las fechas y editoriales señaladas se refieren a primeras ediciones o ediciones consolidadas. No se incluyen DOI ni ISBN para evitar imprecisiones; el lector podrá consultarlos en bases de datos bibliográficas estandarizadas.

*Anand, N. (2017). Hydraulic city: Water and the infrastructures of citizenship in Mumbai. Duke University Press.*

*Appadurai, A. (Ed.). (1986). The social life of things: Commodities in cultural perspective. Cambridge University Press.*

*Arendt, H. (1958). The human condition. University of Chicago Press.*

*Assmann, A. (1999). Erinnerungsräume: Formen und Wandlungen des kulturellen Gedächtnisses. C. H. Beck.*

*Augé, M. (1992). Non-lieux: Introduction à une anthropologie de la surmodernité. Seuil.*

*Bourdieu, P. (1979). La distinction: Critique sociale du jugement. Éditions de Minuit.*

*Bowker, G. C., & Star, S. L. (1999). Sorting things out: Classification and its consequences. MIT Press.*

*Bueno, G. (1972). Ensayos materialistas. Taurus.*

*Bueno, G. (1990). Materia. Pentalfa.*

*Castells, M. (1996). The rise of the network society. Blackwell.*

*Cowen, D. (2014). The deadly life of logistics: Mapping violence in global trade. University of Minnesota Press.*

*Crary, J. (2013). 24/7: Late capitalism and the ends of sleep. Verso.*

*de Certeau, M. (1980). L'invention du quotidien, 1: Arts de faire. Gallimard.*

*Derrida, J. (1995). Mal d'archive: Une impression freudienne. Galilée.*

*Douglas, M. (1966). Purity and danger: An analysis of the concepts of pollution and taboo. Routledge & Kegan Paul.*

*Easterling, K. (2014). Extrastatecraft: The power of infrastructure space. Verso.*

*Edwards, P. N. (2010). A vast machine: Computer models, climate data, and the politics of global warming. MIT Press.*

- Foucault, M. (1975). *Surveiller et punir: Naissance de la prison*. Gallimard.
- Gandy, M. (2002). *Concrete and clay: Reworking nature in New York City*. MIT Press.
- Gell, A. (1998). *Art and agency: An anthropological theory*. Clarendon Press.
- Goffman, E. (1959). *The presentation of self in everyday life*. Doubleday.
- Graeber, D. (2015). *The utopia of rules: On technology, stupidity, and the secret joys of bureaucracy*. Melville House.
- Graham, S., & Marvin, S. (2001). *Splintering urbanism: Networked infrastructures, technological mobilities and the urban condition*. Routledge.
- Han, B.-C. (2010). *Müdigkeitsgesellschaft*. Matthes & Seitz.
- Heidegger, M. (1927). *Sein und Zeit*. Max Niemeyer Verlag.
- Hird, M. J. (2021). *Canada's waste flows*. McGill-Queen's University Press.
- Ihde, D. (1990). *Technology and the lifeworld: From garden to earth*. Indiana University Press.
- Jackson, S. J. (2014). *Rethinking repair*. En T. Gillespie, P. J. Boczkowski, & K. A. Foot (Eds.), *Media technologies: Essays on communication, materiality, and society*. MIT Press.
- Larkin, B. (2013). *The politics and poetics of infrastructure*. *Annual Review of Anthropology*, 42, 327-343.
- Latour, B. (1991). *Nous n'avons jamais été modernes: Essai d'anthropologie symétrique*. La Découverte.
- Latour, B. (2005). *Reassembling the social: An introduction to actor-network-theory*. Oxford University Press.
- Lefebvre, H. (1947). *Critique de la vie quotidienne, I: Introduction*. Grasset.
- Mattern, S. (2018). *Maintenance and care*. *Places Journal*.
- Miller, D. (2008). *The comfort of things*. Polity Press.
- Mumford, L. (1934). *Technics and civilization*. Harcourt, Brace & Company.
- Ricoeur, P. (2000). *La mémoire, l'histoire, l'oubli*. Seuil.
- Rojas Aguayo, J. D. (2026). *LUMINOMÁTICA (LUM): Sistema Gnoseo-Operatorio Unificado para Demarcación, Cierre Científico y Planes de No-Cierre, con Contrato Auditable (Versiónv0.1.0)*, Zenodo. <https://doi.org/10.5281/zenodo.19211260>
- Scott, J. C. (1998). *Seeing like a state: How certain schemes to improve the human condition have failed*. Yale University Press.
- Simondon, G. (1958). *Du mode d'existence des objets techniques*. Aubier.

*Star, S. L. (1999). The ethnography of infrastructure. American Behavioral Scientist, 43(3), 377-391.*

*Starosielski, N. (2015). The undersea network. Duke University Press.*

*Stiegler, B. (1994). La technique et le temps, 1: La faute d'Épiméthée. Galilée.*

*Zuboff, S. (2019). The age of surveillance capitalism: The fight for a human future at the new frontier of power. PublicAffairs.*

*Imagen: Magritte, R. (1936). La llave de los campos (La Clef des champs) [Óleo sobre lienzo]. Museo Nacional Thyssen-Bornemisza, Madrid, España.*

Atelier Velázquez